

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Editorial. — Abarrátegui.
XXV años de paz. — Fonta-
tura: Pedagogía y anar-
quismo. — Ramón Liarte:
Un balance desastroso. —
Dionysios: Strindberg. —
Pedro Vallina: La dignidad
humana. — Cosme Paules:
Tres píldoras revoluciona-
rias. — Muñoz Congost: II
conferencia en Casablanca.
— Floreal Ocaña: De Una-
muno a Benavente. — Mar-
cel Prevost: Luisita. — Han
Ryner: Colgando los hábi-
tos (folletón). — Bernardo
Pou: El colectivismo en la
revolución española. — Juan
de Iberia: Perfil y concien-
cia de un pueblo.

160

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

PROPAGADORES de odio y sembradores de violencias. Por donde pasa la ferocidad totalitaria, el absolutismo cesarista, la ley del más fuerte, no crece la hierba, ni se propaga el amor. La tierra, en poder de los Estados avasalladores, no ofrece más que montones de cadáveres. ¡Tumbas..., siempre tumbas! un horizonte de terror, de odio desalmado, de brutalidades sin nombre, es la estela de dolor que deja tras de sí el jinete de la muerte, el dios de la guerra y la venganza. ¡Un dios desprovisto de corazón y de ternura!...

Monrós, artista y soñador de inmensidades, es un revolucionario. ¡Que no hay arte sin rebeldía ni rebeldía sin conciencia! Y esa rebeldía consciente, hecha pueblo y humanidad, forma parte de la obra maestra del artista infatigable que sabe poner de relieve, con líneas puras y trazos vigorosos, el valor inagotable y caudaloso de un pueblo unido en la lucha por su libertad y su dignidad.

Mientras no abramos el vientre a la bestia absolutista; mientras no sepamos extirpar el cáncer autoritario en sus negras entrañas, las fuerzas del mal seguirán cabalgando a horcajadas de la inconsciencia y la estupidez humanas. Sólo la acción común, unidas las manos y la conciencia en la lucha por el bien, nos hará ganar la gran victoria social, que es el triunfo de los justos y los mejores.

Tal es el mensaje del artista, y del Hombre, siempre el hombre, que nos llama a la lucha por la salvación de los valores humanos en esta hora de prueba, que, debe ser decisiva, para la gran batalla que estamos librando los hombres libres contra las potencias negativas del absolutismo moderno.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

COLABORADORES

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Héctor R. Schujman, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Proudhommeaux.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	10,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Sept.-Octubre 1964

Nº 160

EDITORIAL

Surcos libertarios

SE lucha, se trabaja y se vive para algo más que para vegetar. La verdadera vida no consiste solamente en aumentar riqueza, para almacenar ciencia y sabiduría. No hay nada experimental y, por lo tanto, humano, que merezca ser elevado a la categoría de dogma. Sin las leyes evolutivas de la perfección, el mundo sería inhabitable. La sociedad tiene necesidad de energías más generosas. Sin orden entre lo económico y lo moral poca cosa sería la vida del hombre.

Contra la costumbre gregaria y sin transcendencia, se impone el esfuerzo consciente de la razón hacia la libertad del pensamiento. En todo momento importa reencontrar al hombre, considerarlo como la base maestra de la organización económica y social de la existencia.

La vida es una lucha sin fin. Eterno recomenzar. Búsqueda renovada. Transformación y reconstrucción que necesitan de la virtud de la generosidad para lograr escalar cimas más elevadas. Interesa combatir el error y hacer agradable y venturosa la vida del hombre. No todo es, pues, equilibrio de riquezas ni acumulación de intereses. Necesario es llegar a una síntesis generosa, noble, que sea capaz de armonizar los aspectos colectivos para fijar un destino superior.

La ciencia debe marchar unida a la moral. Ninguna creación técnica, por importante que ésta sea, debe alejarse de la ética. ¿Qué sería de la ciencia sin un principio superior que la regule y la ponga al servicio del interés común de todos?

Luchando por mejorarse, el hombre adquiere personalidad. Hoy, es algo más que una simple pieza en el engranaje infinito de la naturaleza. Tiene conocimiento de su valor social y quiere forjar su propio destino. Y no hay destino más alto que el goce de la libertad en la recíproca aplicación de la justicia social.

Nosotros somos el socialismo de la libertad. No es el nuestro un socialismo de partido con progra-

ma único para todos los tiempos. Nuestra interpretación socialista libertaria de la vida nos incita a trabajar, más cada día, por el descubrimiento de todos los valores morales e intelectuales, para propiciar el gran Renacimiento del hombre. Por esto somos, en una palabra, anarquistas.

Y, somos anarquistas, no porque creamos en un porvenir hipotético, milenario, en donde las condiciones sociales «serán absolutamente perfectas», ya que la perfección total no existe sobre la tierra, sino porque creemos en las leyes creadoras de la evolución que no se agotan jamás; y, porque entendemos que las posibilidades de la vida orgánico-social son cada día más fecundas para servir a la causa de la emancipación humana. La lucha por una mayor perfección, por una sociedad mejor organizada y más generosa, es el contenido esencial del socialismo libertario. Y este progreso puede realizarse cada día, mientras existan hombres alentados de buenos propósitos que no estén dispuestos a aceptar la imposición y la esclavitud de los menos contra los más, o de los más contra los menos.

Nunca más que ahora hemos estado más persuadidos de la exactitud interior de nuestras concepciones ideológicas. Cuando un nuevo pragmatismo brutal trata de talar las ramas del árbol social, imponiendo el absolutismo del pensamiento, nosotros volvemos a repetir que el hombre no puede ni debe renunciar a su libertad ni a su personalidad.

La técnica, o en definitiva, la ciencia, puede ser la gran redentora del hombre de nuestros días; pero a condición de que sepamos colocar el trabajo en el centro de todas las decisiones de la vida, para que el esfuerzo de todos sirva al interés solidario de todos. Sólo así podremos hacer socialismo verdadero con auténtica libertad humana e igualdad social.

LA REDACCION

XXV años de paz

¡Veinticinco años, ay, de efemeridades amargas,
con puntales de cuchillos
sobre el silencio blanqueado de los sepulcros!
¿Dónde están mis veinticinco mil suspiros de olvi-
[dos disimulados?

con barruntos de nostalgia?
Veinticinco victorias de yugos lacerantes
para millones de corazones maniatados
sin posibles escapadas.
Veinticinco años que pesan sobre las mentes som-
[brias,

las mentes reducidas, las mentes cabizbajas,
sobre el vientre
y los testículos del alma...
¡Veinticinco noches sordas!
¡Veinticinco noches largas!
Veinticinco años multiplicados por más de veinti-
[cinco millones de miradas
que estuvieron veinticinco años esperando
sin saber qué es esperanza!

¡Ay, fragmento de mi siglo avergonzado!
¡Ay, dolor de estar en los límites del hombre
con esta flor marchitada!

¡Veinticinco años ya que dura esto!
¡Este aguardar con las manos rotas
un destello de cierta luz, de ciertas libertades,
de un incierto mañana!
¡Este pasar sigilosamente, descorazonadamente,
bajo el arco de la inmensa impostura de una patria
que llora soledades en el quicio de una puerta,
abierta solamente al desliz aventurero
de un desbaratacamas!

Fenecieron muchas cosas, muchos nombres,
muchas sonrisas concebidas en ilusiones templadas
al calor de hogares donde el panque prevalecía
era el pan del amor
por las nobles aspiraciones de conciencias liber-
[tadas.

Se extinguió el júbilo de los balcones
donde las primaveras sin sangre se esperaban,
y no germinaron nunca más los pensamientos
comprendidos en una suprema concepción de pa-
[labras.

Feneció la luz transida
de obtusas sinrazones y sombras aletargadas,
y quedan veinticinco años inmolados
ante el altar de sangre y oropeles
de unos dioses que cambian sus camisas
ante cualquier amenaza.

Veinticinco años de paz sombría
por campos achicharrados bajo el sol de trigales,
por lomas donde los olivos
maduran el fruto que no hará más cortas las dis-
Paz de paloma herida, [tancias.
Paz engarrotada,
paz de maniquí, de lagarto, de mausoleo,
de pozo seco, de polvo sobre la espada;
paz sin lengua, sin vértebras, sin vuelos, sin pi-
[sadas...

Veinticinco veces trescientos sesenta y cinco cres-
[púsculos atosigados

de beatísimas campanas.
¡Veinticinco, sí; veinticinco veces millares de R.I.P.
sin más coronas que el alba!
Pero, ¿están los muertos en paz?
¿En paz están las piedras bajo el agua?
¿Hay paz donde el pie del terror
impone su miserabilísima pisada?

¡Pues veinticinco años de yerma paz cartuja
ya vive, si a eso vivir puede decirse,
esa tierra, ese pueblo, ese corazón partido de Es-
paña!

ABARRATEGUI

¿Destino?

Los primeros comprenden con sus huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
Sabén que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

GARCIA LORCA

Pedagogía y anarquismo

La verdad adelgaza, pero no quiebra.
Cervantes.

HEMOS dicho y repetido que amar un ideal, y en nuestro caso nos referimos concretamente al anarquismo, no ha de impedir, por supuesto, el poseer un espíritu crítico susceptible de notar lo que en él haya de bueno, con valor permanente, y aquello que, por el contrario, resulte inadecuado dadas las constantes variaciones del vivir. Apreciat méritos y deficiencias en aquello que se tiene en singular estima es tanto como rechazar todo sectarismo, apartarse de la anquilosis dogmática.

Se pretende llevar a cabo, en la escala internacional, una revisión de lo que suponen, ante las realidades del mundo actual, las ideas anarquistas en sus diversas facetas; ver lo que cabe pensar del anarquismo en tanto que movimiento social. Vale decir que, en mayor o menor grado, siempre se ha buscado, por los propios interesados, examinar el valor de las apreciaciones expuestas. Mas, en el curso del último medio siglo han surgido en el mundo acontecimientos de una tal envergadura que diríase han llegado incluso a trastornar lo que denominaba Nietzsche «tabla de valores»: la epidemia de las guerras de alcance mundial de los exarcebados nacionalismos, del fascismo, del comunismo, de las terribles represiones, aniquilando centenares de miles de seres humanos; persecuciones y miseria. Han aparecido transformaciones en la economía de los pueblos. Se han presentado un conjunto de factores, de una y de otra naturaleza, que han determinado un cierto colapso en lo concerniente al movimiento anarquista internacional. Reconocer esta realidad puede ser punto inicial para tratar de superar un estado de cosas deficiente.

Anarquistas somos y por el anarquismo bregamos. Que el adversario de hoy y de ayer trate de combatirnos con todos los medios a su alcance es cosa comprensible. Que por parte del adversario se haya extendido muchas veces nuestra **esquela de defunción** nada tiene de particular. Al fin y a la postre vamos a la recíproca: ¡las veces que se ha vaticinado el fin del sistema capitalista! Pero en nosotros, evidentemente, ha habido y hay un fundamento de ética aconsejable para atacar al sistema capitalista y considerar que está llamado a hundirse por sus propios vicios de origen. Nuestros enemigos, por supuesto, no están en el mismo caso al atacarnos. ¿Qué lealtad, qué principios morales pueden esgrimir los que viven de la explotación humana y de la humana opresión? De ahí la conveniencia de no dejarnos influir por la habilitada crítica del enemigo. Serenamente, interesa ver lo qué somos y hasta dónde podemos llegar.

Uno de los matices que, a mi entender, conviene examinar es la relación que puede haber entre el



anarquismo y la función pedagógica. Tal vez seamos los libertarios que en España hemos actuado quienes mayormente nos hemos ocupado de ello. Poco es lo que se ha hecho en otras partes en este sentido por parte de los compañeros en general. En Francia, en cuanto a enseñanza racionalista, tuvo un cierto ascendiente la labor que realizaba Sebastián Faure en «La Ruche». Se iniciaron también, particularmente en París, cursos nocturnos para adultos. Mas todo aquello pasó. Nada, o casi nada, se hace ahora. No tengo noticia de que al respecto se realice en cuantos países hay más o menos actividad libertaria, nada que afecte a la educación de carácter racionalista.

Con más o menos deficiencias, hubo en España acentuada predisposición en fundar escuelas racionalistas. En muchos sindicatos se tenía un local habilitado para escuela. A ella acudían hijos e hijas de los afiliados, incluso de bastantes que no pertenecían a la Organización propiamente dicha. Surgían etapas de represión, se cerraban escuelas; pero tan pronto como las circunstancias cambiaban algo, de nuevo nuestras escuelas entraban en función. En la etapa revolucionaria de 1936 la obra pedagógica no se echó en olvido. Se consideró que era una necesidad, y pese a que se atravesaba un período de excepción, funcionaron escuelas racionalistas acá y acullá. Se trató incluso de estudiar a fondo el problema de la Enseñanza, buscando constituir un núcleo de elementos preparados para ello. Algo que, sin la rigidez y el aire oficial y convencional de una Normal de Maestros, fuera susceptible, mediante pruebas de aptitud a base de cursillos apropiados, de preparar, dentro de nuestro ambiente de afinidad, maestras y maestros liberados de las perniciosas influencias de la Escuela oficial.

Han pasado los años, y ya sabemos lo que ha quedado de todo ello. Y, si al margen del ambiente libertario hispano, atalayamos el **panorama** anarquista internacional: ¿cuál será la impresión que recibiremos en torno a este particular? Simplemente, la negligencia que ha habido y hay respecto a la enseñanza racionalista. Esta es la verdad.

Es frecuente en nuestras publicaciones, cuando los meses del año han ido desfilando hasta llegar a octubre, recordar que fue en este mes, y en el año 1909, cuando allá en los fosos del «castillo maldito», en los fosos de Montjuich, fue fusilado Francisco Ferrer Guardia. Se trata de un nombre y de un hecho que cualquier libertario, de uno o de otro país, lo da por conocido. Entra en el recordatorio; considerado como uno de los mártires del Ideal. Pero, por parte de los compañeros de acá o de acullá, ¿se ha meditado a fondo respecto a las intenciones que indujeron a Ferrer Guardia a fundar la Escuela Moderna? Posiblemente sea más lo que se ha hablado de Ferrer en tanto que víctima de la reacción clérigo-militar, o estatal, en tanto que mártir de las ideas, que busca el desmenuzar concienzudamente el contenido de tales ideas, su eficiencia, lo que han coadyuvado a crear un estado mental, la formación libertaria de muchos compañeros. No se ha llevado a efecto, con seriedad, aparte de España, un detenido estudio en torno a la educación racionalista con miras a difundirla en aquellos países donde se cuenta con elementos libertarios, creando, en mayor o menos cantidad, según posibilidades, escuelas diurnas para párvulos, así como nocturnas para adultos. Naturalmente, realizadas las tareas pedagógicas por los elementos afines que para ellas tuvieran particular predisposición.

No basta, en la materia que nos ocupa, abordar el tema de refilón, sin ahondar en la entraña del mismo. No basta establecer unas sumarias conclusiones, darles aquiescencia y luego dejarlas archivadas en el rincón del olvido. Un tal proceder, característico en el movimiento anarquista internacional, no nos quepa duda, ha motivado la tremenda deficiencia que notamos en orden a militantes preparados, así como en lo que concierne a tener en nuestro ambiente rico caudal de elementos jóvenes. De haber hecho cuerpo en la mente de los compañeros de diversos países la necesidad de implantar escuelas racionalistas, hoy no tendría nada de particular comprobar que en Francia, en Italia, en Suecia, en el Uruguay, en la Argentina, en el Japón o en otras partes donde residen elementos que aman las ideas anarquistas, existirían, en más o menos extensión e importancia, núcleos fomentando la enseñanza relacionista.

Era en el mes de mayo de 1905, Ferrer Guardia se hallaba preso en la Cárcel Modelo de Madrid. Allí escribió un breve artículo que titulaba: «Un programa de acción». Vale la pena de reproducir unos párrafos, ya que sintetizan, de un modo claro y concluyente, lo que **para nosotros**, los anarquistas ha tenido y puede tener de importancia la enseñanza racionalista. He ahí lo que escribía Ferrer:

«Si la clase trabajadora se librara del prejuicio religioso y conservara el de la propiedad, tal cual existe hoy; si los obreros creyeran cierta la profecía que afirma que siempre habrá pobres y ricos; si la enseñanza racionalista se limitara a difundir conocimientos higiénicos y científicos, y preparase sólo buenos aprendices, buenos dependientes, buenos empleados y buenos trabajadores de todos los oficios, podríamos muy bien vivir entre estos más o menos sanos y robustos, según el escaso alimento que suelen permitir los menguados salarios, pero no dejaríamos de hallarnos entre esclavos del capital.

» La Escuela Moderna pretende combatir cuantos prejuicios dificulten la emancipación total del individuo. Para ello adopta el racionalismo humanitario, que consiste en inculcar a la infancia el afán de conocer el origen de todas las injusticias sociales para que, con su reconocimiento, pueda luego combatirlas y oponerse a ellas.

» La enseñanza racionalista y científica de la Escuela Moderna ha de abarcar, como se ve, el estudio de cuanto sea favorable a la libertad del individuo y a la armonía de la colectividad mediante un régimen de paz, amor y bienestar para todos, sin distinción de clases ni sexo.»

Pretende Ferrer que en la Escuela Moderna hubieran alumnos, no solamente hijos de trabajadores, sino de quienes, sin serlo, poseyeran sentimientos liberales. Tenía la intuición, y este fue uno de sus principales méritos, de que, quienes sin hallarse sometidos al yugo del trabajo manual, abrazaran el ideario anarquista, lo considerarían en mayor estima que los rebeldes a causa del peso de la cotidiana explotación. Opinión confirmada bastante tiempo después por diversos compañeros, particularmente por Voline, en su obra «La Revolución desconocida», al hablarnos de los «decembristas», y de cuantos, sin ser obreros, hicieron brotar fulgores revolucionarios en la Rusia de los zares.

De las líneas transcritas, particularmente a nosotros, los refugiados españoles, nos afecta lo que Ferrer quería significar al manifestar que contar con buenos empleados, buenos trabajadores en todos los oficios; más o menos robustos, poca cosa adelanta si ellos son esclavos del capital. Tenemos por ahí no pocos hijos de exiliados que han conseguido buenos empleos; que han alcanzado bien remuneradas plazas por sus adelantados conocimientos profesionales. Hay técnicos en diversas materias: químicos, ingenieros, arquitectos, etc., que se rozan, que tienen diario contacto con los jefes de importantes Empresas industriales. Pero, ¿qué orgullo puede tener un idealista por el hecho de que un hijo o hija haya conseguido una situación privilegiada en el orden material, o económico, si el tal hijo o hija se desentiende de las ideas sociales de los padres? Si al ser expertos en una materia determinada hace que perciban un crecido sueldo y ello les origina la embriaguez del aburguesamiento, ¿en qué se diferencian de aquellos que, por acción, o por omisión, contribuyen al sostenimiento del vigente y arbitrario sistema social? A tal efecto, hallo muy adecuada la expresión de

Saint-Exupéry: «Ser testigo de la injusticia, ser testigo de la arbitrariedad y no ayudar en nada a combatirla, es cobardía y complicidad.»

Lo que en apoyo de la enseñanza han manifestado conocidos propagadores del ideario ácrata no ha perdido su valor, máxime si tenemos en cuenta los estragos que producen en la juventud actual la cinematografía, a base de continuas exhibiciones de descabelladas aventuras de gangsterismo, de golfería y parasitismo social, de cínicas aberraciones sexuales; acompañado todo ello de una infección de novelas policíacas, o de una dulzona cursilería sentimentaloides. ¿Vamos a decir que el anarquismo hace todo cuanto cabría hacer ante esa oleada de depravación moral y física? No, no se realiza lo que se podría hacer poniendo el mayor empeño en ello. Sabemos que el ambiente burgués en que nos desenvolvemos es poderoso; que abarca considerable influencia pero, en mayor o menor grado, algo conseguiríamos de poner manos a la obra de un modo animoso.

En el diario de París, «Le Monde», correspondiente al 4 del pasado mes de agosto, su correspondiente en Estrasburgo daba una referencia del comicio que allí celebraron veintiocho mil afiliados a Juventud Obrera Católica, que llegaron a la ciudad procedentes de quince países europeos. En uno de nuestros periódicos sudamericanos, «Voluntad», de Montevideo, correspondiente al pasado mes de abril, el compañero Cosme Paules hizo referencia al Congreso Latinoamericano de Juventudes, que tuvo lugar en Santiago de Chile. Las justas apreciaciones del compañero aludido, fustigando la falta de madurez mental y el bajo espíritu de seguidores de los jóvenes en cuestión no desmiente el hecho en sí de que haya habido notable afluencia de gente moza; como la hubo igualmente, defendiendo otro criterio, tan endeble, en suma, como el de los de América, en la mencionada concentración de Estrasburgo. ¿Acaso si internacionalmente se hubiera intensificado una apropiada actividad proselitista —complemento de la enseñanza racionalista en la infancia— en el ambiente juvenil no tendríamos también abundante muchachada decidida y con capacidad, fogosos defensores de nuestro ideal? Si cuentan los católicos, los comunistas, los fascistas, y otros «istas», con abundante gente joven, ¿por qué regla de tres no ha de poder contar el anarquismo mundial con abundante savia juvenil?

En favor de la enseñanza racionalista se pueden aducir sólidos argumentos, aportados por aquellos que mayormente han contribuido, en los albores de ella, poniendo en la obra el mayor cariño e inteligencia. Aparte la copiosa labor escrita que nos dejó Francisco Ferrer, en las páginas del «Boletín de la Escuela Moderna», son conocidos los opúsculos y conferencias de Sebastián Faure, del doctor Marc Pierrot, de Pedro Gori, del profesor Paul Gille y de Eliseo Reclus, entre otros. Recordando a los más directos colaboradores de Ferrer, hay que citar, en primer lugar, a Anselmo Lorenzo, incansable, prodigándose en el noble empeño de contribuir a formar una juventud sana de cuerpo y de inteligencia. También sobresalió, con su voluntad tenaz

y sus amplios conocimientos, la compañera Clemencia Jaquinet. La lista de aquellos que mostraron decidido empeño de apostolado en la enseñanza racionalista es extensa. Podríamos hablar de la compañera Soledad Gustavo, de Enrique Lloria, de Cristóbal Litrán, ¡de tantos y tantos!

Por el valioso contenido psicológico que contienen en lo que compete a la enseñanza, y por ser muy poco conocidas ya no solamente de nuestros jóvenes sino incluso de los veteranos, transcribo unas apreciaciones de Max Nettlau. En 1926, el Grupo «Los Iconoclastas», de Stenbenville (Estados Unidos), planteó una encuesta internacional. Uno de los temas era el siguiente: «¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos, lo antes posible, su emancipación. He ahí algunas de las ideas de Nettlau en torno al tema citado:

«Actualmente un niño, organismo tan abierto y receptivo para todas las impresiones, acumula buenas y malas impresiones con una velocidad y una intensidad que es imposible controlar... Ve y oye tantas tonterías, crueldades, brutalidades, en su ambiente o en el de sus vecinos, como en la escuela oficial. Luego, por los periódicos, el cine, el rumor público, que si sus padres no pueden darle bastantes buenas impresiones, el niño se convierte en un producto incoloro, inferior, propio para el sistema actual. Justamente ese que los capitalistas necesitan para hacer de él un obrero que no piense, un funcionario que obedezca, un soldado que mate. En una palabra: un instrumento del trabajo subyugado...»

«Por lo tanto, es preciso que los padres contrarresten ese envilecimiento sistemático de los niños, ante todo por la bondad y la inteligencia, mostrándoles lo que es socialmente bueno, lo que es individualmente recto y equitativo; lo que tiene un verdadero valor moral y lo que es rutina, prejuicio, moda pasajera, trivial pérdida de tiempo. Los padres sabrán hacer al hijo solidario con la naturaleza, las plantas, los animales. Ellos han de buscar ocasión para despertar el sentimiento de la belleza y destruir las inclinaciones de crueldad, de dominación, de derecho exclusivo de propiedad, que los niños ejercen a menudo contra los animales más débiles que ellos.»

«Se dice que muchos padres no poseen tales conocimientos y facultades. Es bien lamentable, pero, en muchos casos nada les impide adquirirlos aún, en más o menos amplitud. Al imbécil que dice: «Yo no sé eso y mi hijo no tiene necesidad de saberlo», oponemos los padres —y los hay— que aprenden ellos mismos, aunque sea a hurtadillas, para permanecer en estado de ayudar a sus hijos. Todo ello puede ser secundado por las escuelas libres, escuelas Ferrer, escuelas modernas... Nosotros tenemos necesidad de una juventud bien instruida que sepa destruir la mentira convencional y oficial que le rodeará por todas partes en la vida de esta triste sociedad moderna.»

Cabe ahora puntualizar que el objetivo principal de este trabajo consiste en poner de manifiesto lo que considero una necesidad dentro del conjunto de actividades que competen al movimiento anar-

quista internacional, si es que en verdad se le quiere sacar del atasco en que se halla, y del cual nos alcanza la responsabilidad a los libertarios. Importa **tomar conciencia** de la necesidad de atender a la infancia por medio de la enseñanza primaria. Interesa igualmente no olvidar los cursos nocturnos para adultos. El orillar dificultades, estudiar métodos y circunstancias, tendría que ser empresa, evidentemente, de los interesados de éste o del otro país.

La Escuela Moderna, creada por Ferrer, estaba por así decir en sus albores cuando tuvo que habérselas con el fuego cruzado de crítica fanática y represión obstinada por parte de la Iglesia y el Estado. No tuvo la posibilidad de ensayar en un ambiente de calma las formas más adecuadas. Quien haya puesto cariño y afanes de superación en las tareas escolares habrá podido comprobar las lagunas que ofrecen los textos y los métodos que en sus orígenes puso en práctica la Escuela Moderna. De ahí que en la escuela primaria de tendencia racionalista, la intuición, la cultura, la experiencia del maestro sean de un valor fundamental. No obstante, al compás del progreso, cabe tener en cuenta métodos que, en mayor o menor escala, se usan por ahí. Cabe captar todo aquello que en ellos pueda encontrarse de aprovechable para la misión del maestro racionalista, que no consiste, por descontado, en cuadrricular mentalidades de tipo anarquista, sino en crear posibilidades para el que alumno, insensiblemente, por así decir, por medio de la verdad, del más elemental buen sentido, sienta afecto por lo que es la esencia del anarquismo.

Dicho sea de paso, para los efectos deseados, tras los conocidos métodos de enseñanza de los Rousseau, Pestalozzi, Hebard, Froebel, la Pedagogía va tomando un mayor perfeccionamiento lo que afecta a desvelar las facultades mentales del niño. A ello han contribuido con sus más o menos originales aportaciones, los Claparede, Dewey, la Montessori, Decroly, etc. Particularmente en Francia, se cuenta con un crecido número de maestros de escuela que considerando como algo nefasto cuanto trasciende a presión autoritaria, busan estudiar en el niño sus predisposiciones naturales y tratando de que la escuela no dé la sensación, como antaño, de trato y rigidez de cuartel. Ya en este sentido, han tomado singular incremento en la tierra de Voltaire los métodos experimentados por Freinet, ese maestro de escuela rural, cuyos puntos de mira, en torno a los que se ha discutido y aún se discute bastante, han sido adoptados, al parecer, por bastantes maestros en lo que afecta a Francia, como también a muchos de los que practican el magisterio en Bélgica, Suiza, Alemania y Canadá.

En Francia, el país que uno conoce más, por convivencia de exiliado, hay compañeros, militantes anarquistas, que ejercen la profesión de **maestros de escuela**. Otros, también dentro del magis-

terio, sin actuar en el ambiente ácrata, sienten hacia nosotros manifiesta simpatía. Y es precisamente en el sector de la Enseñanza donde existe, en la vida social de Francia, un mayor sentido de responsabilidad y de dignidad humana. Frente a los planes de convivencia estatal y financiera, más de una vez hemos podido notar que la voz de los maestros de escuela se ha dejado sentir como **advertencia a la conciencia liberal del país**.

Uno de los intelectuales franceses de espíritu libre, de concepciones moralmente progresivas, que más se han preocupado de crear, a partir de la escuela, de los institutos y de las universidades, una juventud liberada de prejuicios, preparada para un porvenir humano de libertad y justicia, ha sido Marcel Boll. En uno de sus libros, «L'élite de demain», manifiesta:

«La sociedad contemporánea se encuentra volcada a una crisis tan profunda que, para muchos, no tiene solución posible. Todo un conjunto de elementos de criterio independiente reconocen que el origen de esta crisis está determinada por la tremenda complejidad de las condiciones de vida actual, basadas en una aplicación desordenada, arbitraria, de los factores de orden material. Aparte una falta de conocimiento de aquellas posibilidades que en las ciencias humanas permitirían acentuado mejoramiento de la situación lamentable en que se debate la humanidad.»

«Es, de una parte, la ley de la selva, bajo el signo omnipotente del dinero y del «negocio ante todo». Hay, por otra parte, una cohorte de ideologías estériles: unas partiendo de una fe en venerables absurdos, predicando la resignación; otras, fundamentadas en caducados dogmas, pretenden imponer la tiranía inexorable de egoísmos colectivos; otros, en fin, celebran la eficiencia de ilusiones metafísicas.»

«Lo que importa es crear un movimiento de opinión, en sentido de una desinteresada preparación del porvenir, repudiando soluciones que no van más allá de sordidos remiendos de artificios y paliativos de corto vuelo.»

Lo dicho evidencia que, al margen de nuestras concepciones y actividades de anarquistas, existen minorías con evidente espíritu progresivo. Minorías con unas concepciones éticas que se aproximan a las nuestras. Y esas minorías, esos «islotes» destacando en un océano social de bajo materialismo, de estúpido conformismo y de brutal autoritarismo, los hay en todas partes; existen, más o menos numerosos, en todos los países. Del grado de energía realizadora, de inteligencia, de cohesión internacional desarrollado por nosotros, los libertarios, depende el que podamos contar en buena parte como compañeros de ruta a no pocos elementos que tal vez sean anarquistas sin saberlo, y que sientan tanto como nosotros el íntimo placer de bregar, contra corriente, en defensa de la dignidad humana.

FONTAURA

UN BALANCE DESASTROSO

Crisis, hundimiento y quiebra moral del comunismo totalitario

EL mundo comunista está en crisis galopante. Es la suya una postración sin precedentes. Las contradicciones totalitarias le llevan a una postura quebradiza, descajada de sus mismas responsabilidades contraídas ante la clase trabajadora internacional. El terror no puede sostenerse sistemáticamente, mas la costumbre de vivir en dictadura no allana el terreno para gozar la libertad. No se va a la justicia por el camino de la injusticia, ni propaga la moral quien se comporta como un desalmado. Quien siembra la cizaña no recoge buen trigo. Esto que fue ayer, es hoy y será mañana. Una enseñanza imborrable que no supo recoger el marxismo al plasmar en gruesos caracteres la concepción determinista de la historia.

Cruzamos el tiempo de las grandes sorpresas. El circo de Moscú ha cambiado de amos. Cuando el sátrapa Stalin pasó a ocupar el puesto que dejara vacante Lenin, dijo aquél en una declaración oficial hecha a los periodistas occidentales deseosos de conocer el porvenir de la nueva Rusia: «El látigo es el único medio para domesticar a las fieras». El dictador rojo conocía perfectamente la música puesta en el atril comunista. Para él, la vida era un circo gigantesco, con millones y millones de muchedumbres ignorantes a las que había que someter por la violencia y el terror. Y el Estado comunista un circo con sus fieras y atletas, con sus equilibristas y payasos bien adiestrados, cada uno desempeñando su papel, sin salirse ni un ápice del cometido que previamente se le había asignado. ¡Ay, de quién osara revelarse como un maestro excepcional en su oficio!

Stalin fue un domador de fieras. Individuo monstruoso en todos los actos de su vida desenfrenada, conoció como nadie su profesión de dictador. Hitler, Mussolini, Trujillo y el verdugo ferrolano, no han podido superar al maestro comunista. «O se es dictador o no se es», y Stalin supo serlo de una sola pieza, como sus botas negras. Una vez muerto el déspota, el circo comunista totalitario de Moscú se sintió dichoso. Y el pueblo ruso, sostenedor de esa máquina infernal, expresó su júbilo silencioso poniendo su esperanza en un porvenir incierto. Quedaba liquidada la etapa monstruosa de la tiranía. Desaparecían los procesos vergonzosos, la liquidación de la vieja guardia, los tiros en la nuca, las falsas acusaciones de traición al pueblo y al Estado, en fin, el imperio de los verdugos al servicio de la crueldad fría y refinada.

Berlia estaba condenado a ser asesinado. El mariscal Zujov, aspirante a la dirección suprema de la U.R.S.S. fue alejado de sus funciones, separado de toda dirección para someter al ejército, «la estrellita roja», que, al decir de Lenin acabaría estran-

gulando la revolución de Octubre. Un hombre sencillo, el payaso del circo, parlanchín y burlón, inspiraba confianza. Todos los esclavos aspiraban a vivir, a respirar, a gozar un poco de la vida. Krushev da un salto de acróbata consumado y escala la dirección del poder, comenzando el período de la desestalinización, cuyo proceso político, en parte, quíerese o no, a todos nos ha hecho justicia y muy especialmente al Movimiento Libertario Internacional.

La inmensa Rusia, con sus 223.122.000 de habitantes piensa en la democracia y la libertad que desconoce prácticamente. Los satélites del Kremlin aspiraban a sacudirse del yugo cesarista. Tres pruebas concluyentes ponen de manifiesto cuanto decimos: Berlín, Poznan y Budapest. No seremos nosotros quienes elogien la política llevada a cabo por Krushev y sus alabarderos, mas a la vista de los hechos cabe reconocer lo que en el arte político-social se da en llamar el «mal menor». La dirección krusheviana ha sido más suave, menos dura, que la de su antecesor Stalin. Y si alguien ha gozado ese mínimo de libertad, por «mínima» que sea, no seremos nosotros quien se la arrebatase, sino quien se la proporcione a manos llenas. Pero el caso es que Nikita es el nuevo ángel caído. La revolución palaciega operada en el circo moscovita no ha terminado, ya que sus alcances políticos no se pueden vaticinar. Nos limitaremos, por ahora, al enjuiciamiento de los hechos que han incubado la trama totalitaria de la hora.

¿Cuáles son las causas principales, al decir de sus enemigos, del hundimiento de Krushev?

1.—En el plano interior, el fracaso de la agricultura, la puesta en valor de las tierras vírgenes que a la vuelta de tres años se asevera como un desastre económico-técnico.

2.—La cuestión china que supone una victoria para Mao Tse Tung, pues que no hay vuelta de hoja que la paciencia china ha vencido a la diplomacia del Kremlin.

3.—El desorden ideológico sembrado en el campo comunista internacional, que ha llevado a los comunistas sin cabeza a preguntarse cuál era su misión y su cometido.

4.—El testamento de Palmiro Togliatti, que constituye una pieza de acusación no solamente contra Krushev, sino contra la metodología comunista.

5.—El asunto de Cuba que equivale a una «capitulación» ante las exigencias norteamericanas.

6.—La tolerancia cerca de los países occidentales en detrimento de la China popular, Albania y otros burros de la reata del «extremismo, enfermedad infantil de comunismo»...

7.—Nepotismo, culto a la personalidad, favori-

tismo papal; viajes de recreo a placer y descansos seniles y decrepitos.

8.—Desorganización de la diplomacia y del Ministerio de Asuntos extranjeros.

9.—Desmantelamiento del C.O.M.E.C.O.N. y división del trabajo de éste.

10.—Rechazo y revalorización a la vez, de la política de coexistencia pacífica por no haber sabido poner una vela a dios y otra al diablo.

Tales son, en síntesis, hasta el momento actual, las acusaciones hechas contra Nikita Krushev. Los fiscales del Kremlin no han acabado de montar su escandaloso proceso. Nada de cuanto se agregue en torno a este complot estatal podrá sorprendernos. Si el monstruoso Stalin lo sacaron del Mausoleo de la Plaza Roja como a un vulgar delincuente común, no será difícil pronosticar que Krushev irá condenado al séptimo infierno. ¿Qué puede esperarse de un sistema político que impone su predominio a sangre y fuego, que lleva a sus «superhombres» a los altares y que después los arrastra y retuerce como sucios harapos? Semejante metodología no puede aspirar a dirigir los destinos de la humanidad sin que antes el propio género humano abdique de todos sus valores morales, cívicos, dignos y honrosos que constituyen la razón de ser de la vida misma.

Brejnev, Kossyguin, Mikoyan y Suslov, forman la nueva tetralogía comunista; los dos primeros se disputan la dirección de la Rusia soviética desde el Presidium del Comité Central del P. C. y el Presidium del Consejo de Ministros. El astuto Mikoyan, zorro de todas las encrucijadas, tiene en sus manos el poder moderador desde la Presidencia de la República. Pero un hombre diabólico, representante de la nueva «intelligentsia» rusa, mueve las marionetas y polichinelas del nuevo circo soviético: Suslov. ¿Cuánto tiempo durará el duo Brejnev-Kossyguin?

Es probable que Brejnev, escarmentado en cabeza ajena, coja el látigo que dejó Stalin olvidado en el Museo de antigüedades, y haciéndolo crujir en el viento aterrorice a sus seguidores. Si así procede, su imperio puede ser duradero. Mas si incauto y confiado sigue la «línea» de Krushev, las fieras del circo comunista ruso lo descuartizarán despiadadamente. Porque está visto que con sus sonrisas y gestos de bufón no se doma a los tigres de carne y hueso. Dice un viejo y conocido proverbio: «No pongas la cabeza en la boca del cocodrilo porque serás devorado por él»... Cuando Mao regaló un abanico a Krushev, el ángel caído olvidó que cada una de las varillas del precioso regalo era una flecha envenenada, que, como zarpas de fiera le desgarrarían su cuerpo al menor descuido.

La tecnocracia soviética ha dado un golpe de Estado. Suslov, es el representante genuino, el ejemplar más acabado de esta nueva clase de amos y mandarines comunistas. ¿Tendrá tiempo de subir el último peldaño para llegar a la cumbre suprema del Poder político? El tiempo, sólo el tiempo que corre velozmente, nos dirá la última palabra; pero no cabe la menor duda que el nuevo Maquiavelo de la tecnocracia bolchevique tiene la

mayoría de los tantos en sus manos. Una nueva trampa puede producirse; y no debe olvidarse que el mejor pescador se enreda en sus propias redes.

¿Qué resultado ofrece el comunismo totalitario después de medio siglo de dictadura del proletariado?

De la comisariocracia hemos pasado a la tecnocracia, nueva clase de señores que es hoy odiada por el pueblo ruso como los representantes del antiguo régimen. La desaparición de las clases no se ha efectuado mediante el imperio de la dictadura. Los nuevos amos han monopolizado las mejores viviendas, los medios de locomoción más lujosos, viviendo en condiciones superiores a los que un día desbancó la revolución traicionada. Se nos argüirá que también la masa obrera y campesina vive mejor que en el pasado. Pero a la vista de los hechos, la teoría de la relatividad se afirma en la Rusia dictatorial de manera irrefutable. Una nueva revolución moral se impone dentro del Estado soviético.

Con alte visión de los problemas sociales Pedro Kropotkin supo decir:

«Las instituciones ocupan en la vida de la sociedad el mismo lugar que los órganos en el cuerpo de un animal o de una planta. Son los órganos de un cuerpo social. Los órganos no se desarrollan arbitrariamente, sino por necesidades determinadas. El ojo de un pez en la profundidad del mar es distinto al ojo de un animal que habita en la tierra, pues que llena sus funciones bajo condiciones completamente distintas. Nuevas necesidades de vida crean nuevos órganos, pero un órgano realiza siempre la función para cuyo propósito fue desarrollado y va muriendo poco a poco, cuando el organismo no tiene necesidad de la función que realizó. Pero jamás ocurre que un órgano llene funciones que no tienen relación alguna con su propia determinación.»

Ningún poder ha logrado ser más poderoso y más violento que la dictadura «proletaria». Para salir de la presente situación, hace falta una revolución profunda en el campo comunista. La crisis que padece el llamado Estado Socialista no tiene más que dos soluciones o salidas: O paso libre del pueblo hacia la democracia y la libertad para llegar al socialismo, hoy traicionado y corrompido por la dictadura, o vuelta al concepto cesarista de Stalin para consolidar el Estado gobernado por una minoría monstruosa y desalmada. La primera solución sería el natalicio del socialismo ganado por la libertad para la libertad y la justicia; la segunda, llevaría a salvar el Estado moderno «como órgano de la clase privilegiada para la esclavitud y explotación violenta de las masas», como se ha venido haciendo hasta ahora. La primera es la vida que ha de venir; la segunda, un órgano monstruoso que desaparece. De una manera u otra, el comunismo totalitario está condenado a muerte, por que el socialismo con libertad es la vida y el centro vital de todas las creaciones económicas y sociales del porvenir venturoso hacia cuyo objetivo marcha la ciencia y la humanidad.

Ramón LIARTE

STRINDBERG

DE los autores que escribieron para el teatro a finales del siglo XIX, y a principios del XX, innumerables, se pueden contar con los dedos los que dejaron dicho algo para siempre. Entre éstos figura Strindberg, el gran escritor sueco (llamado sueco es un modo de decir: había nacido en Suecia, pero, como escritor, es universal, parecido en eso a todos los grandes escritores: árboles que tienen sus raíces acá o allá, pero cuyas ramas se extienden hacia todos los horizontes). Podrá cambiar el lenguaje —ha cambiado, en efecto, mucho—: no cambian los conflictos, si son conflictos. Puesto el lenguaje al día, como en Sófocles, como en Esquilo, como en todos los grandes dramaturgos, el conflicto está ahí, siempre actual. No hay piedra de toque para juzgar una obra teatral como el conflicto que nos ofrece: si una reformita cualquiera, de cualquier índole, puede acabar con él, no es tal conflicto: acabado, se acabó la obra teatral. Para ser tomada ésta en consideración, debe estar por encima de todo lo que de modo tan fácil puede tener fin, aunque no lo tenga. Sin duda, de toda obra literaria se podría decir lo mismo. No es obra que cuente si lo que plantee puede no ser mañana lo que es hoy: es periodismo, es decir, tan pronto olvidada como aparecida.

Por ser periodismo, e infimo, en general, el teatro, se ha dejado sustituir tan fácilmente por el cine, pasajero hasta la desesperación. Las sombras han podido sustituir a los hombres porque los hombres presentados a las tablas eran sombras. Pocos dramaturgos tenían potencia para presentar hombres. No se notaban entre la turbamulta de los que escribían en necio para el público necio, no acostumbrado a cosa de más valía y reacio a acostumbrarse.

Entre esos pocos ocupa lugar señalado Strindberg, con no muchos de su tiempo, con no muchos de todos los tiempos. Ni una vez cayó en lo trivial. Ni una vez condescendió con el público, de gusto tan maleado. Los conflictos que no son conflictos, por pasajeros, le repugnaban. Llevaba a la escena conflictos reales, de los que, cualquiera que sea la forma de la sociedad, asaltaron siempre al hombre, para deshacerlo, si titubea; para engrandecerlo si sabe hacer frente a lo que le amenaza. Nada tiene que ver esto con lo que usualmente se llama carácter. Ya se verá después, dicho por Strindberg mismo. No hay caracteres que respondan a lo que usualmente se llama carácter. Entre las muchas falsedades que tienen curso, no es esa la menos merecedora de desdén. El hombre es bueno o malo, según las circunstancias, y no pocas veces bueno y malo al mismo tiempo. Estamos hechos de esa madera. Saberlo nos pondrá en buen camino. No hay conocimiento como el de sí mismo, ni más difícil. Cuando se cree, con error, alcanzado, no importa qué sorpresa lo echa por tierra. Vuelta a comenzar, por tanto. Tarea inacaba-

ble, pero ante la que cualquier otra pasa a segundo término. Aun ante circunstancias parejas reaccionamos de modo distinto, porque somos distintos en las circunstancias parejas. Ahí echan raíces los conflictos verdaderos, de difícil —por no decir imposible— solución. Desde luego, sin solución alguna venida de fuera.

Todos los conflictos que Strindberg llevó a la escena son de esa categoría. Ahí estaban cuando él los hizo ver; ahí están todavía; ahí estarán en el futuro, hasta el más lejano.

Si el teatro fuera un entretenimiento, como creen los que llevan a él conflictos pasajeros, y su público, al morir Strindberg habría muerto su obra. Antes habría muerto la de los trágicos griegos, y la de cuantos con ellos pueden compararse. Ni recuerdo quedaría, por ejemplo, de la de Shakespeare. Están ahí esas obras, tan vivas como cuando salieron de manos de sus creadores. No para entretener, porque el teatro no es entretenimiento, la vida misma. Los que no son capaces de llevar a las tablas uno de esos conflictos no son autores dramáticos, aunque no hagan otra cosa mientras vivan que escribir obras teatrales. Las sombras que hacen desfilar por la escena puede sin esfuerzo expulsarlas el cine con las suyas, no siempre tan grotescas, aunque parezca increíble.

Los hombres y las mujeres de las obras de Strindberg no parecen hombres y mujeres reales, sino criaturas de sueño. Todos somos criaturas de sueño. Cuanto más reales parecemos, menos reales somos. Si un hombre no se nos aparece como rodeado de tinieblas, no es un ser real. Cada ser está solo, cada ser es un misterio invulnerable. Somos personas por eso, pero distintas. Se confunden los seres a que se llaman reales, porque nada son. Sólo con los que parecen de sueño, los únicos reales, es posible el diálogo. Aun para enfrentarse. Si el destino pone frente a frente a los que se confunden, ni su muerte parece objeto. Cuando muere un hombre real surge la tragedia. Para el que muere y para todos sus pares, aun los enfrentados con él. Con cada hombre real que muere se va una parte no pequeña de todos los hombres reales, es decir, de los que parecen de sueño. No hay otra comunión que ésta, y en esa comunión hay que poner todas las esperanzas.

Ved las criaturas de Strindberg, enfrentadas con sus conflictos, de raíz que no parecerá: cada paso que dan les acerca a su final —la vida eso, un andar hacia la muerte—, y se tiene la impresión, profunda, de que cada paso que dan hacia su final les hace más invulnerables: como si se encaminaran no a morir, sino a vida más intensa, y para la eternidad.

Y ahora, para colofón de estas líneas, atropelladas, ya se habrá advertido, quiero dejar hablar a Strindberg mismo. Sobre lo del carácter a que antes he aludido. Se verá, por sus palabras, cómo no podía crear sino hombres para siempre. Inte-

rrogado, poco antes de morir, dijo, entre otras cosas, las siguientes:

«En el transcurso del tiempo, el término «carácter» ha ido adquiriendo las más diversas interpretaciones. En un principio significaba, sin duda, el rasgo fundamental, predominante en la compleja constitución del alma, y era confundido, en este caso, con el temperamento. Más tarde, la clase media ha empleado el término para designar al autómatas, al individuo que ha formado definitivamente su temperamento o lo ha adaptado a un determinado papel en la vida. En una palabra, el hombre que ha dejado de crecer es un «carácter»; y el individuo que sigue evolucionando, el hábil navegante en el río de la vida, que evita los escollos, es considerado como hombre sin carácter, en sentido denigrante, claro está, ya que es tan difícil definirlo, catalogarlo y vigilarlo. Esta noción burguesa de la inmovilidad del alma ha sido transportada a la escena, donde domina casi en absoluto lo burgués. En ella resulta un «carácter» el individuo completo en todos los detalles, invariablemente ebrio, o invariablemente bromista, o invariablemente triste; y para caracterizarlo no se ne-

cesita más que dotar el cuerpo de algún defecto, ya sea una pierna de palo, ya una nariz colorada, o hacerle repetir constantemente la misma frase: «Es usted muy galante».

Esta manera de caracterizar a los hombres la encontramos hasta en el gran Molière. Harpagón es un avaro a secas, aunque pudiera ser avaro y buen hacendista, y al mismo tiempo padre modelo, y honradísimo funcionario del municipio. Y lo que es peor aún, sus achaques vienen a favorecer en grado sumo a su yerno y a su hija, que lo heredarán, y que no debían mostrarle su malhumor, aunque se retrasase para ellos la hora de retirarse a la alcoba.

No creo en los caracteres simples en el teatro. Y las sentencias sumarias que los autores formulan sobre los hombres: éste es tonto, este otro brutal, aquél celoso y el de más allá avaro, debían de provocar las protestas de cuantos conocen la complejidad del alma humana y saben que la medalla del «vicio» tiene un reverso que se parece mucho a la «virtud».

DIONYSIOS

El Papa y los desastres de nuestra guerra

El hombre que desprecia a la paloma debía hablar, debía gritar desnudo entre las columnas y ponerse una inyección para adquirir la lepra y llorar un llanto tan terrible que disolviera sus anillos y teléfonos de diamante...

...Pero el hombre vestido de blanco ignora el misterio de la espiga; ignora el gemido de la parturienta.

GARCIA LORCA

LA DIGNIDAD HUMANA

UNO de los rasgos de la doctrina moral de Malebranche, que puede considerarse como la primera indicación de la filosofía del derecho que iba a elaborarse en el siglo XVIII, es la creencia en inminente dignidad del hombre, que radica en su naturaleza, no en su condición, que le sigue en todos los estados de la vida y le da derecho, por humilde que sea, a la estima y a la consideración de sus semejantes. Y si el filósofo citado hubiera vivido en la época en que las ciencias alcanzaban su pleno desarrollo, habría encontrado los primeros gérmenes de la dignidad del hombre en las especies animales que le precedieron.

Leyendo «La Casa de los Muertos», encontré una observación hecha por Dostoevsky y que no era nueva para mí: la repuesta de la sensibilidad de los presos cuando eran tratados humanamente en su desgracia. Como he estado preso muchas veces, me ha gustado observar el estado de espíritu de los presos, víctimas de una organización disparatada de la sociedad. Por eso llegué a leer por segunda vez el impresionante libro del citado autor ruso.

Dostoevsky se refería a una autorización oficial obtenida por los confinados en un tétrico presidio de Siberia para celebrar una representación teatral en la que ellos iban a ser los actores.

«Yo afirmo —escribía— que el teatro y la benevolencia que lo toleró fueron la causa que durante la fiesta no hubiera ni desorden ni robos. Yo he sido testigo del modo que los presidiarios retiraban a los discolos y alborotadores y los reclusaban bajo el único pretexto de que a causa suya podía prohibirse la representación. El suboficial exigió a los presos su palabra de que todo iría bien y no se alteraría el orden. Ellos lo prometieron halagados por esa confianza y mantuvieron su promesa religiosamente. Se había permitido a aquellas pobres gentes, aunque sólo fuera unos minutos, a su manera, divertirse, pasar una hora distinta de los galeotes y aquellos minutos los habían transformados moralmente.»

..

Me encontraba preso en Sevilla, con numerosos compañeros españoles y algunos portugueses y alemanes, en los comienzos de la dictadura de Primo de Rivera. Cuando yo estaba encerrado en el inhumano caserón de la prisión de Sevilla, cosa que ocurría con mucha frecuencia, el médico de la cárcel se eclipsaba y entonces tenía que asistir en sus dolencias a aquellos desdichados. «El médico de la cárcel tiene cerdas en el corazón», decían los presos, juzgándole como merecía.

Por aquella época había los peores criminales en la prisión de Sevilla, según la opinión de los doctos en la materia, como el «Matasiete», que ha-

bía matado a varios; el «Vivaz», que había cortado la cabeza de una joven campesina con la que sostuvo relaciones amorosas y la llevaba en sus correrías, creyendo que no se corrompería; el «Rabazo», que mató a una campesina y cortó en pedazos a sus hijuelos... Y a propósito del Rabazo, al que había asistido en la prisión de algunos ataques epilépticos, que lo hacían irresponsable de sus actos, el día que lo ahorcaron acudió gozoso el médico de la cárcel, pavoneándose como un pavo real, para asistir a la ejecución y estrechar la mano del verdugo don Casimiro.

Los presos políticos estaban en un sitio a parte, en la Pajarera, un raquizami convertido en un lugar menos inmundo, gracias a los cuidados de los compañeros detenidos. No había otros muebles que algunos camastros, dos sillas desvencijadas y un estante con numerosos libros escogidos que se disputaban los reclusos.

En una ocasión los presos de delitos comunes me manifestaron el deseo de contribuir a la suscripción abierta en favor del Sanatorio Antituberculoso de Cantillana, y como aceptara, poco después me entregaron una larga lista con las pequeñas cantidades que habían recogido en su pobreza. Aquella operación la realizaron con la mayor satisfacción y probidad. En cambio, la gente del «orden» con el gobernador general Perales a la cabeza, destruyeron aquella obra generosa.

Como las fiestas de Carnaval estaban próximas, los presos me pidieron que hablara con el director de la Cárcel y le pidiera por favor que permitiese la celebración por los reclusos, prometiendo que todo se haría en el orden más completo. Cuando hablé con el director, quedó sorprendido y creyó que aquello no podía permitirse, además que le pareció un disparate, pero ante mi insistencia y la convicción que los presos se conducirían como prometían, acabó por conceder el permiso que se solicitaba.

Durante la fiesta del Carnaval, además de original y en extremo divertida, se guardó en la prisión el mayor orden, sin tener que lamentar ningún hecho desagradable. En cambio, en la calle, hubo abuso del alcohol, numerosos robos y algunos crímenes.

..

Me encontraba detenido en el Castillo de Santa Catalina, en Cádiz, en unión de otros compañeros y de numerosos soldados del aeródromo de Tablada, de Sevilla. El gobernador militar de la prisión era en extremo medroso, y cada día extremaba más nuestra vigilancia, temiendo una fuga colectiva. Un pelotón de soldados, que se renovaba todos los días, guardaba la fortaleza. Un día el oficial que mandaba aquella tropa ordenó que todos los presos quedasen en libertad dentro de la forta-

leza, a fin de que se comunicasen entre ellos y le paraciera más llevadero el encierro injusto a que estaban sometidos. El gobernador se escandalizó y llamó la atención del oficial de la responsabilidad en que ambos incurrian, pero éste le contestó, sin inmutarse: «Deje usted tranquilo a los presos, y si alguno quiere marcharse, que lo haga sin pedir permiso...»

En nada se alteró el orden, la mansión parecía menos triste, y desde aquella noche el gobernador de la prisión dormía más tranquilo.

Después de la insurrección de Asturias, nos encontrábamos en la cárcel de Badajoz 2.000 detenidos, cuando no había sitio ni para más de 200. Como una vez el director de la prisión me manifestara su inquietud por el número de detenidos que había en un espacio tan reducido y el disgusto que reinaba entre ellos, le aconsejé que dejara a los presos de hacer lo que deseaban, es decir, que se comunicaran entre ellos sin reparación alguna; que se les permitiera beber un solo vaso de vino en la cantina, hacer café en los patios, etc. Así lo hizo como un ensayo y el resultado fue excelente. Los detenidos soportaron todas las incomodidades de la prisión, con tal de gozar de alguna libertad allí dentro.

Sólo había cuatro detenidos que gozaban de privilegios y eran tratados con toda consideración. Tenían para ellos destinada una habitación y dormían en cama de pienso. Eran jóvenes fascistas de uno de los pueblos de la provincia de Badajoz y me dijeron que se comunicaban con Primo de Rivera. Los presos políticos los miraban como una curiosidad, porque no se daban cuenta del peligro que encerraba el fascismo. Por lo visto esto era general, porque algún tiempo antes había leído en uno de nuestros periódicos que el fascismo no encontraría ambiente en España. Siempre he creído que en España hay ambiente para todo lo malo.

En 1921 fui preso en Sevilla y deportado por segunda vez a la Siberia extremeña, en el extremo norte de la provincia de Badajoz. Los que fueron deportados conmigo volvieron a Sevilla pocos meses después, pero yo me quedé allí olvidado intencionadamente. Como mi madre enfermara gravemente de la gripe y yo no estaba a su lado, la gente acudió en tono de protesta al Gobierno civil. El gobernador contestó que en la lista que le dieron al ocupar su cargo no estaba mi nombre y que hizo volver a sus hogares a todos los deportados, menos a mí. Al enterarse de lo que ocurrió me reclamó con toda urgencia, pero a pesar de la prisa que se dieron para volverme a Sevilla, cuando llegué mi madre estaba muerta y enterrada.

Como yo estaba ausente, los familiares de mi madre dispusieron que el entierro fuere religioso, aunque ella no tenía otra religión que la de hacer el bien. Y en el momento de los funerales allí acudió el clero parroquial, algún canónigo de la catedral y numerosas representaciones sindicales. Pero de improviso la amplia plaza de San Marcos y las calles adyacentes se inundaron de una inmensa muchedumbre silenciosa. Los bajos fondos sociales de Sevilla se habían volcado en aquel lugar, y allí se dieron cita todos los gitanos, todas las prostitutas, todos los ladrones sin patente, todos los mendigos, todos los humildes de la ciudad. Y sin articular una palabra, ni lanzar un grito, sacaron al ataúd de la carroza primera y en sus brazos la llevaron hasta el cementerio lejano. Detrás de ellos iba la carroza vacía, el clero y los acompañantes. Terminada la triste ceremonia y enterrada mi buena madre, después de regar con lágrimas la tierra que la cubría, que luego habrían de convertirse en blancas flores, volvieron a la capital.

¡Así pagaron el amor que yo les tenía, los que siempre conservaron la dignidad humana, a pesar de la condición en que vivían!

PEDRO VALLINA

Mirando a ciertos artefactos

La luz es sepultada por cadenas
y ruidos en impúdico veto de
ciencia sin raíces.

GARCIA LORCA

Tres píldoras revolucionarias

INTROITO

SOBRE el rudo peñón de la hora que vivimos, el caos. Los años transcurridos no han servido de casi nada para la mayoría ignara. Sin embargo, la lección del 19 de julio de 1936, está allí para todos los capaces de adoptar una posición de avanzada social. La responsabilidad que es hija de la amarga lección recibida y madre de la experiencia ganada a lo largo de la gran jornada revolucionaria, no está a la altura que merece.

Desde que el disco dorado del sol Juliano bajó para dormir tras el cristal movable de su lecho azul: cuando en las frondas bajo los cielos bermejos los alados trovadores hacen enmudecer sus arpas, en la oscura barcarola de las amarguras propietarias, navegamos sobre las olas encrespadas del embravecido mar de las inquietudes que despiertan tantas iniquidades unidas a tantos entreguismos como se ven en esta hora sombría, que quizás no es otra cosa que el fin del autoritarismo o la completa muerte de la libertad. La vela de nuestro pecho individual y colectivo, enormemente hinchado por el viento de la inseguridad, está dura por la humedad del silencioso rocío de las lágrimas de las madres, las hermanas y las hijas de los héroes y mártires caídos durante y después de la contienda ibérica, bajo las balas mercenarias de las canibalescas hordas desencadenadas sobre la piel de toro. Con sordos gemidos, se quejan con deseos de quebrar el trinquete de la FE.

Y crujen las cuadernas resistiendo la Esperanza el huracán del desparpajo de multitudes obreras sin sonrojo amarradas al carro de la explotación estatal-capitalista, al que sirven millonariamente como si la gesta Juliana no hubiese de representar nada para los cobardes; no hubiese de levantar la cerviz de los tímidos; y no hubiese de reemprender su marcha genital.

Mientras tanto, zigzaguea juguete de las olas, el timón del perfumado recuerdo del incendio Juliano. Como una luz lejana, cuyo color opaca la distancia, en el zafir oscuro se mece la estrella de los sueños que quedaron a la mitad del camino anunciando su poderosa voluntad de arribar a la suprema meta de todas las reivindicaciones posibles entre los esclavos del salario. Y tras el bajel enorme de la noche criminal que avanza envolviendo en silencio todas las cosas, las más grandes hazañas, los mejores anhelos, vemos la borrosa imagen de la constelación de realizaciones revolucionarias que van a fundirse en el TODO maravilloso de los que cayeron con la sonrisa en los en vano...

Como estribillo de la última canción de moda, oímos cada minuto que pasa la palabra de los doctos señores serviles del poder y la riqueza acaparadas, que la rama que sostiene a las dictaduras

está podrida y que éstas no tardarán en caer. Sin embargo, no pocas dictaduras se sostienen hoy gracias al decidido apoyo que reciben de las «democracias», del «popularismo», del «parlamentarismo socialero» y demás pantallas de tipo revolucionario. Mientras tanto, las grandes Internacionales «obreras», los partidos políticos de todos los colores —peor aún si se dicen a sí mismos «defensores de la clase trabajadora», y otras cosas bonitas y efectistas—, se reparte la RES-pública del mundo, engordan como cerdos y los pobres pueblos aparecen conformes frente a un espectáculo tan indigno. Nosotros que no compartimos el optimismo de los doctos señorones, sabemos que las dictaduras sólo caen abatidas cuando los pueblos se lanzan al combate directo y dispuestos a morir por la libertad. Y si creemos que todos los pueblos, bajo todos los gobiernos sufren una vida semidictatorial, no por ello olvidamos la noche negra y la cárcel inmensa que representan los que son aherrojados por el FASCISMO en cualquiera de sus formas o colores. Y si la dictadura es un sistema de completo DESGOBIERNO, ningún régimen más inicuo, desvergonzado y cruel como el imperante hoy allende los pirineos, dirigido por camarillas de frailes con sotana o sin ella, por gentes de metralla y charreteras, por potentados fieles imitadores del famoso Juan March y amparados bajo una cabeza visible que se imagina haber recibido poderes extraterrenos, desde el momento en que el propio Vaticano lo declarase «Caballero Cristiano». ¿Pero qué saben de esto quienes tienen a honor haberse convertido en masa seguidora de líderes rentados que pasan todo alto como no sean sus ascensos en la escala de la dirección de las fuerzas «revolucionarias» o no?

En toda revolución social hay dos clases de animadores: los soñadores-prácticos y sinceros y los ambiciosos. Naturalmente, cada uno de ellos se encuentra en campo diametralmente opuesto, aunque aparentemente, todos van a lo mismo, pues las más de las veces se valen de idénticos recursos. Ambos ponen a la disposición de la lucha sus profundos conocimientos de psicología y aprovechan el terreno abonado por el descontento general. Los unos, eso sí, actúan de acuerdo con una ética filosófica, científica o sociológica, y los otros se sirven de la ingénita ignorancia de la gleba en beneficio del clan que los apoya. Ocurre entonces que el revolucionario sincero, para hacer fructificar la hermosa planta de sus sueños generosos atraviesa decidido hacia el camino recto que estima puede hacer posible la realización de sus anhelos. Y no pocas veces en este trayecto virgen encuentra el duro leño que ha de servir para su crucifixión que caundo llega lo hace al galope de los cerdos. Por el contrario, los ambiciosos por satisfacer sus insaciables apetitos, toman también el camino más corto, pero para llegar más pronto a la meta que

se han propuesto, la que nada tiene que ver con el bien colectivo; de ahí nacen los gobiernos de fuerza, ya sean de derecha o de izquierda que para el caso es lo mismo. Así lo que tiene cierta apariencia, es totalmente diferente. Lo uno se ajusta al riguroso marco de la LEY que siempre está al servicio de las camarillas gobernantes, y la otra tiene sus propias leyes naturales en defensa de todos y cada uno. No obstante, muchas veces se denominan también «revolucionarios» los regímenes que sólo tienen de degradantes y contrarrevolucionarios.

Y así también los gobiernos fuertes se escudan en la democracia, en el socialismo, en la defensa de esto y de lo otro, y hasta en la libertad y sobre todo en la LEY que ha pasado a ser un leit motiv de los mayores abusos. Y los propios dictadores se apoyan descaradamente en las supuestas aspiraciones de los pueblos a quienes asesinan y encarcelan por la más simple de sus pretensiones de hacer cumplir la más mínima de las promesas revolucionarias o sencillamente «salvadoras» de la ciudadanía.

Esta lección, acentuada durante la contienda del 19 de julio de 1936 y siguientes, es demasiado antigua como para poder obviarlas desde ninguno de los cercados masivos que en la actualidad pretenden hacerse los sordos y los ciegos. Veamos si podemos hacer alguna luz sobre el problema, con las tres «píldoras» siguientes:

LA REVOLUCION FRANCESA

La Revolución Francesa no fue en realidad un movimiento popular. Verdad es que el pueblo cooperó, como coopera y cooperará siempre, con estos movimientos, porque el pueblo ha sido es y será el instrumento de lucha, la carne de barricada que lleva a la victoria que jamás disfrutaron los soñadores y que sólo gozan los audaces, pero que el pueblo sólo conoce por referencias. La revolución fue absolutamente burguesa. Y si alguien lo duda no tiene más que recordar que las ideas de los economistas y filósofos divulgadas por libros, folletos y panfletos, sólo fueron asimiladas por la burguesía, porque el pueblo no conocía esas cosas por el tremendo estado de ignorancia en que se encontraba. Los verdaderos soñadores de aquellos momentos fueron Rousseau y Diderot, porque son ellos los que le ponen la proa a los gobiernos y a las religiones de su tiempo. ¿Por qué? ¿Porque ellos pertenecían a las clases populares, porque ellos eran hijos del pueblo? Posiblemente, si bien en otros casos los salidos del arroyo se han comportado a la hora del triunfo como los peores entre los verdugos. Pero el caso es que Montesquieu y Voltaire pertenecían en tanto a las clases elevadas, y demostraron no desear profundos trastornos y sólo aspirar a reformar más o menos insuficientes. Pero no a llevar por el verdadero camino de la revolución social un movimiento que tanto prometía. Y lo cierto es que los principios de Rousseau y Diderot no triunfaron, si bien es cierto que sus doctrinas permanecieron en pie y aún se mantie-

nen en partes inéditas porque de las correspondientes a esa Revolución son las que mejor interpretan el dolor y la miseria en que viven y vivieron los trabajadores durante todas las épocas. Y esa era la razón que daban para condenar las instituciones como obra de los hombres ambiciosos de poder y de riqueza acaparadas.

No obstante, como resultado de tan grande gesta revolucionaria sólo triunfaron los que supieron tener el talento en las piernas, los que aprendieron a arrastrarse, los aduladores, los que supieron soportar pacientemente las estúpidas bromas de los poderosos de turno, de igual manera que Voltaire que era una estrella de primera magnitud en el campo fisisológico liberal, había sabido vivir bien porque supo tolerar todas las impertinencias de Federico. Mientras que ese monumento que fue Juan J. Rousseau, tenía que rumiar en silencio su ira mientras hacía largas antenas esperando que los poderosos lo recibieran. Revolución o no, una vez convertida en poder Supremo, no deja de facilitar a los de arriba el «derecho» a transformar en juguete vil, en razón de la burla y el desprecio a los verdaderos precursores revolucionarios. Cuando no los puede conducir al cadalso, lo cual sucede demasiado a menudo también por cierto. Y aún en el mejor de los casos, la duda y el desencanto constituirán para ellos un tormento insufrible que nada ni nadie podría justificar.

La Revolución Francesa tuvo un principio sano en esta frase de Rousseau: «La naturaleza ha hecho al hombre bueno y la sociedad lo deprava y lo hace miserable». Y agregaba también implacablemente aún: «Es necesario destruir la sociedad y el gobierno, y volver al estado primitivo de naturaleza.» Estas fueron las conclusiones que en realidad llegaron al corazón y entendían los hombres de trabajo, puesto que ellas significaban el final de la real soberanía y el principio de la liberación de todos los esclavos. Y cuando un día expresó al calor de su entusiasmo: «Los ciudadanos serán iguales», el rey Vulcano —como lo llama la historia—, quedó asombrado y en su asombro cometió la imprudencia de lanzar la represión violenta contra sus súbditos, único instrumento de convicción del cual se valen todos los tiranos. Poco tardaron en aparecer las dictaduras de Robespierre y de Dantón, que no fueron otra cosa que los principales actores de la revolución burguesa. Veamos ahora otra revolución Estatal, llamada también revolución proletaria.

LA REVOLUCION RUSA

Por haberse escrito con todos los colores del iris y ser más conocida que el sol, lo que se ha dado en llamar la dictadura del proletariado, tan sólo referiremos un hecho específico. El año 1917, Petrogrado estaba ocupado por los ejércitos de soldados que volvían del frente y ciertos elementos sospechosos, todos armados. Para detener el saqueo y el bandolerismo los bolcheviques enviaron a los guardias rojos, los cuales fracasaron en su intento y entonces acordaron mandar a los marinos. Es-

tos, en el primer momento intentaron detener a los progeomistas, pero más tarde se pasaron a sus filas y se dedicaron a saquear con ellos la ciudad. En tan grave situación, resolvieron los bolcheviques llamar en su ayuda a los anarquistas, porque estimaron que eran ellos los únicos capaces de luchar contra los progeomistas. Dura y muy violenta fue la lucha: en ella murieron muchos anarquistas, pero terminaron con el saqueo y los desórdenes en general. Pasados los peligros, los anarquistas se habían ganado las generales simpatías: obreros y campesinos estaban con ellos. Esto no parecía bien a los amos y los bolcheviques empezaron a mirarlo con muy malos ojos. Luego vino el armisticio con los alemanes. Pero la situación de hambre en que el pueblo se encontraba era espantosa. Inútilmente el gobierno «proletario» lanzaba cada día un decreto. ¿De qué valían los decretos si lo que el pueblo necesitaba era pan? Para eso estaban los anarquistas: se unieron a los socialistas de izquierda y organizaron cocinas y buscaron habitaciones para los más miserables.

Todo iba marchando de la mejor manera posible, dentro de las escasas posibilidades fuera de los engranajes estatales. El Conde Mirbach —que fue el primer representante ante la URSS—, vino a ser el primero también en **recordar** a Lenin, el inefable Ilin Iich, que un Estado que se precie no permite en su torno a gente de la categoría de los anarquistas. Y Lenin, el pater noster de los bolcheviques, que había manifestado con calor a los cuatro puntos cardinales que luchaba contra todo poder estatal y contra toda tiranía capitalista y decía ansiar la reivindicación de todos los oprimidos, el 13 de mayo, sufrió un ataque de amnesia y **ordenó ocupar violentamente los clubs anarquistas**. Y al día siguiente, o sea la noche del 14, el Hotel Negro, donde los anarquistas celebraban una reunión y todas las casas en que éstos se reunían fueron rodeadas de cañones.

Los únicos que escaparon al terror bolchevique fueron los que no se encontraron en esos **locales**. Era el primer ataque de frente de la dictadura; más tarde vendrían todos los demás hasta aniquilar del total inmenso territorio ruso toda chispa de libertad, justicia y bienestar posible, aparte lo mismo que lograron con creces las camarillas gobernantes, las traidoras nuevas **clases erigidas** en dueños y señores de la «revolución» proletaria.

EL 19 DE JULIO ESPAÑOL

El fascismo internacional ataca. Los anarquistas junto al pueblo lo enfrentan y se hacen dueños de gran parte del territorio ibérico. Son «amos y señores» de la situación. Los escasos bolcheviques, junto con toda clase de políticos y **gobernantes**, amedrentados, permanecen a la espera del curso final de los acontecimientos. Finalmente y en principio parece que va a ganar la revolución. Durruti con su Columna y otros bravos militantes en cantidades asombrosas realmente salen para los fren-

tes. La Columna Durruti es detenida por la falta de armamentos en Bujaraloz. El fascismo acecha y poco a poco se va reanimando.

Mientras tanto el panorama va cambiando en la retaguardia: los políticos, todos ellos influenciados por el bolchevismo que «ayuda» con mantequilla a cambio del oro de los bancos, se van poniendo de acuerdo y todos unidos piensa: «Si esto es guerra que dure».

Los anarquistas y el pueblo, en cambio, permanecen seguros de su triunfo y se dedican contra viento y marea a llevar adelante la Revolución realizando experimentos nunca vistos en el terreno de lo social: se crean las colectividades de Aragón y otras partes de España y se experimenta en todos los campos de la producción, distribución y consumo. Lo único que para la guerra se fabrica en España sale de esta especie de **colectividades** creadas al calor del entusiasmo revolucionario de los anarquistas que orienta a los trabajadores y los inducen a actuar total y terminantemente por su cuenta y riesgo, cayendo y levantándose, pero siempre con la originalidad de lo nuevo, de lo verdaderamente popular y revolucionario.

En los frentes de la guerra y de la producción la cosa va marchando y asegurándose un triunfo revolucionario que es asombro del mundo, especialmente de los poderosos de la tierra que emplezan a caer en el temblor del pánico ante una posible propagación de tan magnífica gesta. En la retaguardia y en los cubiles de todas las fuerzas estatales-capitalistas-sacerdotales y autoritarias, de adentro y fuera de España, se prepara a pasos agigantados la más grande traición de la historia, el ataque sorpresivo más horrendo y miserable que los tiempos vieran. «Ganar la guerra primero» es la consigna nacida sin duda en los antros del Kremlin que estúpidamente siguen todos los atacados de mando y superioridades adquiridas al calor de la lucha proletaria. El fin se acerca. La obra revolucionaria es atacada de lleno y el bolchevismo es el encargado de entregar el triunfo al franquismo, cuando ya por su parte y habiendo sacado todo el jugo posible al sacrificio del pueblo y de los anarquistas, no cree posible adueñarse por su parte de la situación, vista la magnífica resistencia heroica que los mismos le hicieron durante los trágicos sucesos de mayo de 1937. Habrá que volver a empezar.

Entre los tres movimientos revolucionarios citados, el del 19 de Julio es el único que se perfila como un ejemplo verdadero para las futuras generaciones. Ejemplo de dignidad, de realizaciones nuevas en pos de una sociedad sin amos y sin esclavos, de heroísmos conquistadores que alumbrarán el camino de todas las conquistas sociales del presente y el porvenir.

Tan magnífica posibilidad se debe exclusivamente al hecho señero de que a pesar de todo lo turbio que pudo presentarse en medio de una contienda tan descomunal como la del 19 de Julio, en donde aparte todas las traiciones se encontraban presentes las terribles fuerzas nazis y fascistas de Hitler y Mussolini, más el apoyo a los falangistas

II conferencia en Casablanca

por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

El cordero es en todos los países mediterráneos la causa principal de la degradación de los suelos. Y si tenemos en cuenta que en España durante 400 años, los rebaños de LA MEXTA tuvieron derecho de pasaje ilimitado sobre todos los terrenos destruyendo las cosechas del año, deteriorando el suelo a su paso arrasando las hierbas arrancando la corteza protectora de los árboles, que mueren así.

Tres píldoras revolucionarias

del Vaticano, el anarquismo conquistó sus primeros grandes éxitos junto al pueblo decidido a romper la cadena de la explotación del hombre por el hombre.

Como resultado de todo esto cabe finalizar afirmando que de esta Revolución Juliana es de la única que posiblemente no resten motivos desilusionantes para sus actores más directos, los cuales pueden contar con la seguridad de que la voluntad de prosecución en la ruta emprendida es lo único que le queda a un mundo que ha probado todas las formas conocidas de vida en sociedad, las que si en su mayoría todavía tienen gran número de seguidores, no quiere decir que por ello posean fuerza alguna original que pueda apagar el faro del 19 de Julio que queda a la espera de ser robustecido y alimentado por cuantos aspiran a un mundo mejor. Terminaremos, pues, afirmando: Después del 19 de Julio, al mundo del trabajo le queda un mundo de cosas por hacer; sus experiencias revolucionarias y las realizaciones en el campo de la producción, están ahí para proseguirlas con mayor empeño y con seguridad de que abren nuevos horizontes a una humanidad que se asfixia de autoritarismo en todas sus formas. Lo que quedó detrás, por muy «modernísticamente» que hoy, mañana o pasado, alguien nos lo quiera presentar, es cosa del pasado muerto que ni puede ni debe renacer. El ejemplo está ahí para cualquiera que quiera auscultarlo. La acción y el pensamiento a desarrollar para hacer realidad completa lo que sólo fue un inicio, depende de los adelantados de siempre que, como decimos no tienen motivos para sentir el amargo sabor que un día debieron sufrir los Rocker, los Kropotkin, los Máximo Gorky, los Diderot, los Rousseau y tantos y tantos otros sinceros precursores de un mundo nuevo en libertad, justicia y solidaridad para todos y cada uno.

COSME PAULES

Y como nota final los métodos arcaicos de explotación. Explotante o pequeño propietario el cultivador empuja su arcaico arado sobre el terreno abierto por la sequía, agrietado. No hay país en el mundo donde el agricultor sea más sobrio y más trabajador. El campesino valenciano que algunos creen rico e indolente, debe realizar un duro trabajo para atacar la corteza dura de sus suelos. En Castilla, su trabajo enormemente fatigante es casi nulo por falta de material de explotación, la desorganización general y la carencia de los poderes públicos.

Así pues poco importa que el suelo sea rico y ofrezca maravillosas posibilidades. El hecho que domina a pesar de todo en el campo español es una pobreza imputable a la ineptitud de los llamados a resolver estos problemas.

En 1931 dos millones de trabajadores españoles no poseían tierras y 50.000 personas poseían la mitad de las tierras españolas. Millón y medio de pequeños propietarios de propiedades de no más de una hectárea mientras 10.000 propietarios hay con más de 100 hectáreas cada uno. Un 5 % de los propietarios de Sevilla poseen el 72 % de las tierras de la provincia. En Badajoz el 2,75 % de los propietarios poseen el 60 % de las tierras de la provincia. El Duque de Medinaceli poseía 79.000 hectáreas y el Duque de Penaranda 51.000.

A parte de este reparto indudablemente monstruoso de las propiedades, que crea como veremos más adelante una producción inferior a la posible, conviene que tengamos en cuenta para explicar ahora el panorama agrícola español, que el régimen de lluvias es extremadamente variable desde los 2.000 milímetros en Galicia a menos de 250 en Teruel, en tanto que en determinadas zonas de Murcia y Almería pasan a veces años sin ver una gota de lluvia. La sequía es pues una constante climática en la mayor parte del país y la repartición de las lluvias es tal que la peor tierra es la más regada en tanto que la mejor no ve el agua.

Estas variaciones han condicionado regímenes agrarios diferentes. En las zonas de regadío abundantes pequeñas propiedades y arriendos a largo plazo. Grandes propiedades y arriendos a corto plazo en las zonas áridas, origen de los dos problemas, aparcamiento excesivo en unas zonas (minifundios) y grandes propiedades con salarios de hambre para los obreros (latifundios).

En el primer caso examinemos un ejemplo: Galicia. Clima húmedo como el de Irlanda y más propicio a la ganadería que a los cereales. Sin embargo la naturaleza de la población hace imposible la utilización racional de los recursos del país. Multitud de granjas con parcelas estrictamente suficientes para alimentar a la familia. Toda la eco-

nomía se resume en bastarse a sí mismos. Cada familia posee la vaca, animal de tiro, abastecedor de leche y queso. Cada propiedad cultiva el centeno o maíz para hacer su pan, hace su propio vino y en determinados lugares hasta se tejen sus propios vestidos. Cada familia vive de su cosecha. Nada se vende. El solo medio de reunir un poco de dinero para pagar los impuestos es vender un ternero cada año o irse a la siega a otras provincias. El parcelamiento excesivo, ha colocado a muchas familias en un estado muy vecino del hambre.

Si seguimos hacia el Este los montes cantábricos nos encontraremos con Asturias. Las condiciones económicas son ligeramente mejores que en Galicia porque la propiedad de cada familia es un poco mayor y están los prados comunales importantes.

Los países vascos, Navarra y el alto Aragón, son países de pequeños propietarios y granjeros trabajando en familia y poseyendo lo suficiente para vivir tranquilos. Viven diseminados. O bien la familia es dueña del terreno que cultiva o lo ha alquilado. En el primer caso la propiedad es comunitaria, es decir, pertenece a la familia, su jefe no siendo sino el director de la explotación. La granja o *llar* es inalienable e indivisible y se transmite de generación en generación. Los colonos del sistema de aparcería a medias, contrato a parte de fruto. El propietario pone la tierra, el colono el trabajo y paga los impuestos; ambos pagan los gastos de explotación y se reparten los beneficios (aparcería).

En Vieja Castilla y León, una población de pequeños propietarios y granjeros viviendo mal que bien, con contratos a corto plazo siendo la proa de los especuladores y usureros. Lo debido hay que pagarlo en especies y no en productos. Es independiente de la cosecha. Exactamente como hace cinco siglos.

Aragón. Exceptuada la parte irrigada del Ebro con pequeñas propiedades, el resto la zona más extendida, árida, poco regada, las llanuras desérticas del Ebro y la región montañosa inhabitada casi del Maestrazgo que se extiende hasta Teruel. Grandes dominios, campesinos comidos por las deudas y jornaleros miserables.

Cataluña. Condiciones agrarias buenas relativamente, en pequeñas propiedades que aún y siendo pequeñas son dadas en explotación a colonos salvo raras excepciones. Hay dos clases de arrendamiento: uno es el «Censo» o arrendamiento hereditario y el otro es una variante de la aparcería en la que el colono paga en productos de la tierra. Este segundo método es empleado en las tierras plantadas de viña, que ha dado nacimiento a los «rabasaires». Este contrato basa su duración sobre las de las viñas mismas. La tierra vuelve a sus propietarios cuando las tres cuartas partes de las plantas de viña están muertas (rabasa morta) pudiendo entonces el propietario a su libre albedrío renovar o no el contrato de arrendamiento. Como en otros tiempos la duración de una planta de viña era de cincuenta años el contrato permitía al rabasaire, amortizar los seis o siete años de trabajo improductivo que la viña exige. Pero desde 1900

raíz de la epidemia de filoxera y con la introducción de los pies americanos, estos requieren muchos más cuidados y su duración no llega a los treinta años de donde condiciones muy desventajosas para los aparceros o rabasaires.

Levante. Al sur de Cataluña, el nivel de las lluvias es inferior a los 400 milímetros lo que hace arriesgado el cultivo de los cereales, ya que hay hasta varios años seguidos sin cosecha, ya que es imposible sembrar trigo o una vez sembrado no brota. Pero Tortosa, Valencia, Murcia, son el centro de vegas regadas, verdaderos oasis, las tierras de mayor rendimiento de Europa. De tres a cinco cosechas anuales son posibles y pequeñas propiedades, muy pequeñas son suficiente para el mantenimiento de una familia. La mayor fuente de discusiones como hemos dicho anteriormente está en el riego y en las aguas. El tribunal de las Aguas (Cort de la Sec) formado por un jurado elegido por los labradores de la región juzga y determina en los complejos problemas de la distribución de las aguas, y bien que ninguna ley escrita da valor a sus disposiciones ni las reconoce, sus disposiciones son aceptadas por todos sin necesidad de recurrir a la vía coactiva. Señalemos como contrasentido que mientras que en Valencia los derechos de irrigación son inherentes a la tierra, en Lorca y Murcia son independientes, lo que trae consigo todos los abusos posibles e imaginables.

GRANADA

Antes de pasar a examinar el problema de los latifundios, nos queda por hablar de la vega granadina, la única zona regada de España que no pertenece a pequeños propietarios. El cultivo de la remolacha azucarera ha dado nacimiento a grandes fortunas, y el precio de los derechos, aparte de los impuestos que paga el colono, se elevan al 8 por 100 del valor de la tierra. Es zona de enormes conflictos sociales a causa de la gran obstinación de los grandes propietarios.

En el Sur de España y en el Centro, zona de grandes dominios y arrendamientos a corto plazo, distinguiremos dos partes: Castilla la Nueva y La Mancha, donde los dominios no son muy extendidos, y Andalucía, donde las propiedades oscilan entre las 800 hectáreas y las 8.000. Para comprender la situación agrícola de estas zonas, vamos a tener que recurrir a hacer un poco de historia.

Desde la incorporación española a la civilización árabe, Andalucía alcanza grados de riquezas incomparables. Grandes centros industriales nacen y Córdoba, Sevilla, Málaga y Almería fabrican la seda, el algodón, el papel, la cerámica y la cristalería. Gracias a su clima húmedo, Almería es la Manchester de la época, con 150.000 habitantes (actualmente 54.000) y conoce un gran desarrollo industrial, pero toda esta industria toma su base en el desarrollo de la agricultura. Cultivos intensivos con canales de irrigación allí donde fue posible: caña de azúcar, arroz, naranja, limoneros y el algodón. Las grandes propiedades romanas y ger-

manas, ceden la plaza a las pequeñas propiedades. Pero con la decadencia musulmana, la civilización pastoral del Norte invade Andalucía. Se cubren y destruyen los canales, las guerras de fronteras, hambres y epidemias despueblan estas regiones, y a fines del siglo XVII se encuentran convertidas en un desierto que recorren los ganados; pueblos y poblados desaparecen.

Un ejemplo que nos puede dar una idea de esta decadencia y justifica la frase de «Castilla ha hecho España y Castilla la ha deshecho».

Ecija era, bajo la civilización musulmana, una provincia magníficamente regada. En 1275, veintiocho años después de la conquista de la provincia por los cristianos, el sultán hacía una «razzia» coronada por el éxito, y su botín más importante fueron enormes ganados de corderos. En 1707 la principal riqueza era el ganado y hoy Ecija no tiene las menores trazas de irrigación.

¿Cómo explicarse esta decadencia? Los nobles, a los que los reyes cristianos entregaron como donación grandes propiedades, eran fundamentalmente ganaderos. Y como los musulmanes abandonaron las tierras, debieron recurrir a los siervos. Al propio tiempo la industria decae por la incapacidad de los cristianos de buscar mercados para los productos de la misma y con la decadencia de la vitalidad de las ciudades disminuye la demanda de los productos agrícolas. Con Aragón y su flota mediterránea, Andalucía hubiera podido continuar su prosperidad con Castilla, imposible.

Otro de los factores fue el aumento de consumo de la lana y con ella la intensificación del ganado merinos. Así nace la MESTA de la que ya hemos hablado.

Cuando Carlos III intenta cambiar este panorama trágico de las regiones a que nos referimos, se encuentra que la mayoría de la tierra pertenecía sea al clero sea a los mayorazgos y todo en manos de los ganaderos. Sus propósitos fueron un fracaso por la política más tarde de Godoy y la invasión napoleónica.

Los liberales, en 1830, determinan vender los bienes del clero y los bienes comunales. La aplicación del liberalismo, da las tierras a los que mayores medios tenían de adquirirlas. Así llegamos a la situación actual.

En Castilla las tierras pertenecen a la nobleza. Estas propiedades tienen su origen en la Reconquista. Cada colono posee un pequeño trozo arrendado. Se cultiva el trigo y la cebada y algunas legumbres, poco o ningún árbol. La tierra es pobre y las lluvias irregulares. Sequías frecuentes con pérdidas seguidas de cosechas. Sin sistema de crédito agrícola, los colonos recurren a los usureros.

Otra de las calamidades es el arrendamiento a corto plazo que trae consigo la miseria y la pobreza del suelo. Todas las cláusulas de estos contratos son desfavorables al agricultor y favorables al propietario, que no tiene ninguna obligación, puesto que no paga ningún impuesto y el mantenimiento y las reparaciones de la propiedad corren a cargo del arrendatario. El propietario es, además, dueño de denunciar el contrato o de

apuntar su precio. Para aumentar sus beneficios, los propietarios han subdividido estas propiedades de tal manera que no son suficientes ninguna para cubrir las necesidades de una familia. Por otra parte, los arrendatarios se ven, en la mayoría de las veces, obligados a pagar a los rededores de los propietarios nuevos derechos. Citemos, como ejemplo, que las estadísticas realizadas en 1929 mostraban que sobre 1.026.412 arrendatarios o propietarios pagando impuestos, 850.000 ganaban menos de una peseta por día.

En La Mancha las condiciones son peores, pues la pobreza de las tierras es mayor. En Albacete enormes extensiones son pastos naturales, o monte bajo destinado sea a la caza sea a la cría de mulos.

En Extremadura citemos el caso de las ricas tierras alrededor de Badajoz. Pertenecen a grandes propietarios. El campesino o yuntero no posee sino la yunta. Es muy fácil a los propietarios dejar una parte de las tierras sin cultivo para tener a los yunteros bajo su dominio.

El resto de Extremadura es tan pobre que a veces no se da sino una cosecha cada doce años. Sin embargo, los ríos son de debito abundante y se podrían irrigar grandes superficies.

Si examinamos otros de los detalles de la explotación de Extremadura, veremos la multiplicidad de los derechos. Casi todo el país está cubierto de praderas donde hay esparcidos algunos alcornques. El derecho de pastoreo en invierno pertenece a una persona, el de la recogida del corcho a otra, el de la madra muerta a otra, el de alimentar a los ganados de cerdos a otra y a otra el de hacer una cosecha excepcional cada cinco o seis años.

ANDALUCIA

Tierra de los latifundios o dominios cultivados por esclavos. Ofrecidas por los reyes de Castilla a los señores feudales que con ellos combatían son la fuente de ingresos de la gran aristocracia castellana. La tercera parte de las grandes propiedades andaluzas tienen este origen. El resto, procede del desmembramiento de las propiedades religiosas y de los comunales en el siglo XIX. Vendidos a vil precio, fueron comprados por la burguesía.

Zona de culturas variadas, olivos, trigo, maíz, legumbres y la viña, como el algodón. Pero todo está acondicionado a la sequía. Las tierras pobres son cultivadas por el sistema de año y vez. Es tierra que debiera someterse a un sistema semejante al de farming del mediano Oeste americano. Máquinas agrícolas especiales que pulverizando las tierras disminuyen la evaporación.

Y el gran problema es que todas estas tierras están trabajadas por jornaleros, verdaderos esclavos cuyas condiciones de vida no han cambiado desde los tiempos medievales de la servidumbre.

Basta para convencerse ver incluso las poblaciones de 15 ó 16.000 habitantes que en otros países están llenas de vida y que en Andalucía dan una impresión de marasmo y decadencia. Los obreros agrícolas, las tres cuartas partes de la población, son contratados al día, al mes, y los privilegiados

a la temporada. Sin trabajo más de la mitad del año.

Las condiciones son injustas, intolerables. Hasta 1914 los propietarios lo dejaban todo en manos de los administradores que cultivaban las tierras más ricas y dejaban las otras en abandono. Los obreros hambrientos que intentaban cultivar estas tierras abandonadas eran apaleados por la policía.

En 1931, 13.000 hectáreas estaban abandonadas en Osuna y 20.000 en Utrera. En Jerez de los Caballeros un duque mantenía 3.000 hectáreas como terreno de caza y cerca de Sevilla 30.000 hectáreas de la tierra más rica están consagradas a la ganadería (toros bravos) y en Cádiz una proporción considerable de tierra laborable, a la cría del ganado caballar. ¿Por qué? Reduciendo la superficie de tierras cultivadas, se provoca el paro, y con él, la baja de los salarios.

En 1930 el bracero ganaba de 3 a 3,5 pesetas por una jornada de ocho horas durante cuatro o cinco meses del año. Durante el verano de 4 a 6 pesetas por la jornada de doce horas. El resto del tiempo sin trabajo.

En otros lugares, los obreros duermen en una gran sala: la ganancia; su alimento, pazpacho, mañana, a mediodía y en la noche, dado por el propietario. Salario, una peseta cincuenta por doce horas de trabajo. Salarios y condiciones únicos en Europa.

POSIBILIDADES DE MEJORA

¿Cómo mejorar la situación del agro español? Las soluciones están en manos del país mismo y no han dejado de manifestarse a través de la historia misma de nuestro pueblo.

¿Obligar los grandes propietarios a poner sus tierras en explotación?

¿Variación de cultivos y facilidades de crédito a los arrendatarios?

Naturalmente, la creación de industrias derivadas sería una de las soluciones. No hay razón alguna para que España, que es el país más productor de aceite de oliva, lo haga refinar en el extranjero.

Se pueden irrigar muchas tierras como hemos señalado anteriormente. Pero los grandes propietarios se han negado a ello temiendo perder así sus privilegios al favorecer la economía de los productores. El rendimiento de una tierra regada es de a treinta veces el de una tierra de secano. El financiamiento de tales trabajos está asegurado por la producción misma.

Pero el remedio radical es la solución colectiva con antecedentes ilustres en la historia de España. Citemos:

En el siglo XVIII un gran número de poblados del Norte, la casi totalidad de las tierras pertenecían a la comunidad.

Pueblo de Llanabes (1790-1793). Dice Gumersindo de Azcárete en el «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza»: «Todo está admirablemente organizado, médico, pastores, herrero, farmacéutico, esmientes y el producto del alquiler de las tierras

de propio, se distribuyen entre los habitantes. Todas las tierras pertenecen a la comunidad y son redistribuidas cada diez años por sorteo.

Ansó, posesión común del suelo y sistema cooperativo municipal.

En Cáceres, en los Pirineos, en Asturias, existen comunidades pastorales. Toda la tierra dedicada al pastoreo y al ganado pertenece a la comunidad.

Y no solo en la agricultura encontramos estos ejemplos.

En Cataluña, Bagur, que vive de la fabricación de redes, está en sistema comunal. Port de la Selva, comunidad de pescadores (antes de 1936). A la colectividad pertenecen redes, embarcaciones, fábricas de salezones, depósito e instalaciones frigoríficas, todas las tiendas, camiones de transporte, olivares y refinerías, el café, el teatro. Comuna libertaria. Cadaqués tiene una organización parecida desde el siglo XVI.

Sin influencias exteriores, España se explica por ella misma. Las clases laboriosas españolas tienen una inclinación evidente por las realizaciones colectivas. Las ventajas de la posesión en común son evidentes. En el estado actual de cosas un gran porcentaje de obreros agrícolas mueren de hambre sobre tierras al abandono porque sus explotación no es rentable para sus propietarios. El precio de coste del trigo español no le permite exportarlo. Si los campesinos pudieran cultivar las tierras en colectividad, con un equipo agrícola moderno podrían subvenir a sus necesidades y vender el surplus, y el hambre desaparecería.

Una de las causas fundamentales de la llamada guerra civil sabemos todos que fue la oposición de las clases dirigentes a toda reforma.

Los españoles son en gran medida capaces de producir lo suficiente para ellos. Las industrias son suficientes para el mercado interior. Sus productos de exportación, mineral de hierro, potasas, cobre, piritas, aceite de oliva, patatas, cebollas, bananas, tienen los mercados adquiridos. Otros como las naranjas y el vino se venderían mejor si su distribución estuviese mejor organizada. Se trata simplemente de aumentar el poder adquisitivo de la campaña española para hacer trabajar más y mejor a las ciudades.

España se presta admirablemente a una experiencia social inigualada; el liberalismo fracasó en España porque los españoles son esencialmente anticapitalistas. Un aumento del valor adquisitivo de los campos españoles, un aumento de la producción industrial, encadenaría no solo las posibilidades de un vasto programa de trabajos públicos de carácter hidráulico para un mejor aprovechamiento de las tierras españolas, sino con ellas una modernización de esta industria española vetusta y atrasada, cuyos productos resultan a precios muy superiores a los del resto de Europa, impidiendo la incorporación de nuestro pueblo a la economía internacional.

Pero este programa de explotaciones colectivas tropieza con un enemigo. No necesitamos citarlo y haremos aquí punto final a esta parte de nuestra exposición.

(Continuará en el próximo número.)

La verdad y la mentira...

De Unamuno a Benavente

«España y la anti-España» y «De Unamuno a Benavente (La verdad y la mentira)», dos charlas resumidas en una, pronunciadas por Floreal Ocaña en Enero de 1964 en el «Ateneo de Cuernavaca», capital del Estado de Morelos, de la República Mexicana, siguiendo el curso de las conferencias semanales que se celebran en dicho centro cultural organizadas de acuerdo con la «Revista de la Universidad de Morelos.»

HOMBRES sumamente instruidos, a los que envidiamos su saber, noblemente, que pueden hablarnos de cuanto se refiere a la civilización y a la cultura de todas las épocas de la Humanidad, con erudición admirable e inteligencia extraordinaria, reaccionan y opinan muy opuestamente ante los mismos problemas y situaciones que la vida cotidiana plantea a los individuos humanos y a los pueblos. Y de los sucesos o hechos individuales y colectivos no extraen, por medio del puro raciocinio, las mismas enseñanzas pese a que aquéllos no admitan doble interpretación.

Comprobamos que en todas las personas normales, generalmente hablando, son los factores **afectivos**, en particular, buenos o malos, acertados o desacertados, mal o bien orientados en sentido humano, los que permiten que sus entendimientos comprendan o no, claramente, qué es lo verdadero y qué es lo falso e influyen, decisivamente, en sus conductas respectivas. Si, son los factores **afectivos**, repetimos, los que a pesar de los amplios y profundos conocimientos que los sujetos posean en diversas ramas puras de la ciencia, de la Tecnología, de la Literatura, etcétera, los hace ser justos e injustos, sociables o insociables, humanos o inhumanos.

Por otra parte, ciertos «sabios» olvidan la sabia, la verdaderamente sabia lección socrática —«solo sé que nada sé»— que es modesta y constructiva, porque alienta a proseguir aumentando el acervo de conocimientos del género humano; otros sujetos, no menos «sabios», víctimas de vanidosa «suficiencia» intelectual no conciben que lo que eleva la condición humana, el valor o la calidad del hombre es la **conciencia moral** por ser ésta la que lo impulsa a actuar en buen sentido de la vida para bien de todos sus congéneres y de él mismo.

El hombre inquieto y escrutador que va, sinceramente, en busca de la verdad, angustiado —como Unamuno— por hallarla más, si cabe, si fue mal orientado en la enseñanza, desde la niñez, podrá incurrir en más contradicciones y errores que otros

sujetos evolucionados que lo considerarán de carácter inestable e indigno de confianza para efectivas tareas de superación humana, y hasta detestable a veces. Sin embargo, frente a la situación más trascendental de su existencia, ante el dilema, «sin escape posible», de tener que definirse y decidir «ser o no ser» hombre con todos los atributos humanos superiores, sin términos medios, expresa, espontáneamente, lo más hondo, lucido y veraz de su ser como si siempre lo hubiera conocido y amado, como chispa cosmobiológica consciente irradiando amor universal que jamás se apagará ya, mientras vivan seres humanos sobre el planeta Tierra.

¡Feliz el sujeto que logra descubrir la verdad que lo inquietaba y lo angustiaba, que le importa tanto o más que su existir fisco-consciente! En un segundo de tiempo, que le parece resume siglos de historia de la humanidad, reconoce que aquélla mereció —y merece— la defendiera con todas sus fuerzas físicas, psíquicas y mentales, desde que tuvo uso de razón, entre sus semejantes que no volverá a ver más después de exponerla sin ambages, con natural, firme, insospechada e indomable energía humana. Y el gran pesar del sujeto por no haber podido o sabido descubrir antes toda la verdad, confundido por las nocivas influencias políticas-religiosas de su época, se desvanece por la satisfacción moral y mental que experimenta al haber tenido tiempo de dirigir a sus semejantes su último mensaje humano, el más humano, con sus más preciados «tesoros» éticos, estéticos e intelectuales pidiéndoles que los conserven y aumenten empezando por la conquista y defensa de la libertad que garatice el goce de aquéllos.

Herencia de bien y de dignidad humana nos legó Miguel de Unamuno con su ejemplo postrero, obrando como ser humano entre sujetos crueles, inhumanos, llamados fascifranquistas que pretendían hacerlo cómplice de sus crueldades contra hombres humanistas, o que al menos las silenciará. Su silencio hubiera significado también complicidad con el crimen. Del rector de la Universidad



salmantina, pese a tenerlo entre sus manos los franquistas, sólo lograron que se les enfrentara y anatematizara mientras alentó.

Jacinto Benavente adoptó la actitud opuesta. Este sujeto, considerado uno de los más capaces de hacer pura y bruñida literatura, en pleno uso de sus facultades y de madurez intelectual, se le presentó la misma disyuntiva que a Unamuno, a poca distancia de éste en el mismo momento histórico, aunque con una gran diferencia: sin correr el peligro de perder la vida como el rector salmantino por exponer, francamente, si hubiera querido, en la zona antifranquista, qué pensaba y sentía.

Sintiendo y pensando como franquista permaneció silencioso, mientras creyó le convenía, en medio de los acontecimientos de 1936-39, que lo sorprendieron en la precitada zona. Así Benavente obró negando, cobardemente, su individualidad y su propia personalidad: traicionó su íntima forma de sentir y pensar como perfecto «bufón» que se adapta a las circunstancias para obtener el mayor provecho personal posible.

Jacinto Benavente actuó como uno de los «bufones» modernos políticos-literarios deshumanizados más hábiles del orbe para manejar la pluma; pero al carecer de «ángel» y de «alma», de buenos pensamientos y sentimientos humanos, verdaderamente humanos, ni a su señor amo, actual dictador de España, que lo recibió con los brazos abiertos, podía hacerlo reír aunque le complació, políticamente, que pasara a su servicio: al de la anti-España. Sus chistes grotescos y mal intencionados, todo su ingenio de gran bufo, todas sus muecas y gestos fueron anodinos a pesar de sus esfuerzos bufonescos crueles, demasiado crueles: inhumanos. Y es que estas bestias carniceras como Paco «El Sanguinario» aunque tengan figura humana no saben ni pueden reír sanamente como las personas más o menos normales, como seres humanos.

¡Cuán distinto, cien por cien, es el caballeroso «Don Quijote» que pese a su «triste figura» nos hace sentir y pensar hondamente, llorar y reír, pero sin que por producirnos risa, hilaridad, sana alegría del vivir normal, placentero e inquieto, nadie pueda tomarlo por tipo ridículo como lo es, en grado superlativo, Jacinto Benavente!

En efecto, Benavente terminó los últimos años de su vida actuando, como comprobaremos más adelante, de payaso político internacional sin pizca de decoro, de dignidad ni de humanidad.

Miguel de Unamuno superando sus contradicciones, sus dudas y sus errores acabó siendo lo contrario: símbolo denodado, de carne y hueso, de «Don Quijote», del idealismo andante o militante intachable, respetuoso y tolerante con sus semejantes, pero sin callar la verdad y defendiéndola, arrebatado, tronante, a gritos humanísimos, sin medir el peligro, tan enteramente como a la libertad con castellano fuerte como salido de la entraña misma de España.

Desde 1936-39, en particular, Unamuno y Benavente simbolizaron dos posiciones personales e ideológicas opuestas, antagónicas que dan, en gran parte, la razón a John Dos Passos cuando dice: «El lenguaje tiene dos caras: una sirve para decir

la verdad y otra para ocultarla. Pero decir la verdad, en nuestro tiempo al menos, puede ser tan peligroso como el estroncio 90. ¿Qué es la verdad? La respuesta está en la muerte de Sócrates. Esto quiere decir que siempre fue peligroso decir la verdad.»

Estas palabras, como es sabido, las pronunció el precitado escritor norteamericano al hacer una crítica crudísima a la cultura de nuestros días en el «Coloquio de Buenos Aires», que fue una reunión de intelectuales de todo el mundo que se celebró en noviembre de 1962 en el Museo de Arte Decorativo de Buenos Aires (Argentina).

A nuestro entender existe otra cara no mencionada por John Dos Passos: la tercera, la del lenguaje sin arrestos para decir la verdad o la mentira, cabalmente, en cualquier situación. Aun sabiendo, con certeza, qué es lo verdadero lo expresa temeroso, vacilante, indeciso, de forma confusa. Y el individuo humano que tal lenguaje usa además que mucho lo angustia entenebrece las mentes de los sujetos que lo leen. Lo utiliza para apenas insinuar, balbuciente, la existencia de una verdad que advierte después de ser defendida, largo tiempo, por muchos otros semejantes. Y no se atreve a decir más sobre la misma al comprobar, entristecido, que es opuesta a cuanto defendió con todas sus energías hasta el ocaso de su vida.

Es, en gran parte, y en el mejor de los casos, lo que le ocurre, a Ezra Pound, genial maestro de la poesía moderna. Su actitud proyecta la angustia que experimenta al faltarle voluntad para rectificar, públicamente, con claridad meridiana, las ideas fundamentales que defendió, hasta el presente, con su tan repujada literatura. Pero al ser sensible y no poder permanecer en silencio absoluto al criticar, con cierta crudeza, su propia obra literaria logra salvar cierto grado de la responsabilidad moral que todas las personas contraemos ante la humanidad.

Si bien el lenguaje usado, en estas horas, por **Ezra Pound**, quizá única vez, denota carencia de valor humano para defender una verdad de carácter universal, con todo su continente y contenido ético e intelectual, al menos no lo oculta totalmente. En efecto, pasa de la certidumbre de ayer a la duda. Esta la ha expresado hoy, y ha tenido que exponer algunos valores y elementos psíquicos, mentales, morales y afectivos suficientes para hacer reflexionar y despertar inquietudes en los sujetos de todo el mundo más avisados y evolucionados.

Hemingway afirmó que «sólo merece compasión» el individuo humano que no ha recibido la influencia del precitado conspicuo vate, del hombre que entre todos los poetas de este siglo más ha influido sobre todos los escritores del orbe.

Hoy es Ezra Pound el que con tristeza, amargamente, se compadece a sí mismo. Y si Hemingway viviera tendría que obrar de igual modo para ser consecuente con sus propias palabras. «El sentimiento trágico de la vida» se hizo más agudo en aquél eximio poeta angustándolo más que angustió al Rector de la Universidad de Salamanca al comprender, a los 78 años de edad, que el sentido

de la lucha entre la razón y la emoción, entre el conocimiento puro y la vida que defendió, hasta ser casi octogenario, era erróneo. Sin embargo, a Ezra Pound —que ha fijado su residencia definitiva en Venecia (Italia)— le agradecemos haya declarado lo que sigue publicado en las columnas de «Epoca» de Milán:

«He vivido toda mi vida creyendo saber algo. Sin embargo, ha llegado un día en que me he dado cuenta que no sé nada. Para mí las palabras han perdido su sentido. Creo que todo lo que nos rodea es temporal, que está germinando un mundo nuevo que va a sobrevivir a la mecanización y algo de la ciencia del hombre quedará.

«He dicho que no sé nada. Y es cierto: hasta he olvidado el nombre del filósofo griego que pronunció tales palabras. Lo repito: no sé nada. He llegado demasiado tarde a la incertidumbre.

«Sí, he llegado con dolor a esta verdad: no existe el hombre contemporáneo. Lo que existe es un hombre consciente de sus propios errores y de sus propios horrores.

«Trabajé largos años en mi obra poética animado por algo que creía cierto, pero ahora la incertidumbre me angustia. Confieso que he llegado demasiado tarde a la duda. Mis intenciones eran buenas, mas equivoqué totalmente la manera de alcanzarlas. He visto las cosas con unos anteojos de larga vista volteados al revés. Demasiado tarde he llegado a la conciencia de no saber nada. Nada me liga a la vida. Estoy simplemente sumergido en ella.

«Yo esperaba que con el conocimiento puro, con el que a veces se puede llegar a la vejez, se podría disfrutar de un poco de paz y de belleza.

«Ya no trabajo más. Me he convertido en iletrado y en analfabeto. No sé como juntar dos frases que no resulten obvias. Ya no pienso. Tengo solamente la certeza de mi incertidumbre. Tengo la duda... No sé... He perdido la capacidad de llegar a la médula de mi pensamiento con las palabras. Quisiera explicar... Ah, pero todo es tan difícil... tan inútil...»

En nuestros días Ezra Pound se siente decepcionado y fracasado, como naufrago que se niega a poner en juego sus fuerzas para salvarse moral e intelectualmente. Acepta, con resignación y cobardemente, hasta cierto punto, sumergirse en la vida sin luchar más, sin tratar de esforzarse por llegar al terreno firme de la verdad dispuesto a defenderla y embellecerla hasta el fin de sus días para bien de él mismo y de todos sus semejantes.

A pesar de todo bastante es que Ezra Pound haya afirmado que en su marcha por la vida no ha seguido el mejor camino y manifieste, con sincera pena, angustiado, que ha llegado tarde a la duda, a la «incertidumbre máxima». Pero no tuvo en cuenta que el cambio de conducta es posible en cualquier edad física, que lo irreparable es la muerte. Muy lamentable es que no se haya atrevido a explicar, con toda claridad, el por qué de su fracaso, lo «medular de su pensamiento». Le falta, repetimos, el valor que tuvo Unamuno para lanzar rayos y centellas contra el mundo cruel que

representa el franquismo con la energía indomable y vigorosa de su humanismo quijotesco.

Todas las personas de buena voluntad, con elevada conciencia, en particular los escritores, «viejos» y jóvenes, hayan o no recibido la influencia de los conceptos, de las ideas y de la amplia cultura literaria de Ezra Pound debieran tomar en consideración su última opinión más madurada, su lección postrera, emocionada, socrática, en buena parte, aunque dice que «nada sabe», y que hasta ha olvidado el nombre del sabio que tales palabras pronunció. Aunque éstas proyectan, a nuestro entender, que no puede olvidar el ejemplo de Sócrates defendiendo la verdad, el derecho del hombre a exponer sus dudas y explicarlas pese a todos los prejuicios y a todas las oposiciones de las tradiciones de su tiempo. Y sólo al recordar a Sócrates, con todas las letras, lo angustia más pensando y sintiendo que, en efecto, nada puede satisfacer más al sujeto, psíquica, mental y moralmente que obrar en defensa de los derechos humanos de acuerdo con su conciencia humanizada universalista, el mejor y mayor de los bienes que puede gozar y legar a sus semejantes.

Dolorosa en extremo es la experiencia de Ezra Pound. Su ejemplo debiera contribuir a hacer rectificar, totalmente, la conducta de todas las mujeres y de todos los hombres inquietos del orbe, particularmente las de sus admiradores y seguidores de ayer y de hoy. En esta hora debieran admirarlo y quererlo más, porque prueba amarlos al pedirles, en realidad, que no sigan avanzando por el camino equivocado que les trazó con su obra poética, eviten naufragar como él en la vida y logren llegar a buen puerto humano con carga de saber limpia de los «errores y de los horrores» del mundo autoritario. Sólo a este precio lograrán disfrutar, mientras vivan, de la «paz y de la belleza» que en el presente no goza Ezra Pound.

La respuesta cabal, con respecto a qué es la verdad, que puede darnos la muerte de Sócrates, como dice John Dos Passos, y que Ezra Pound no se atreve a dar, plenamente, reprochándose su propia conciencia, como lo proyectan sus mismas palabras, podemos encontrarla hoy en la «suerte» que corrió Miguel de Unamuno por decir sin ambages, toda la verdad. Por otra parte Jacinto Benavente utilizó el lenguaje para ocultarla o peor aún: para falsearla.

Vemos, frente a frente, las dos caras fundamentales y opuestas del lenguaje: el usado por la España del «Quijote» y el que usa la anti-España representados, respectivamente, por los escritores precitados. Y entre ambos la expresión ocasional, esporádica que no dejará de ser trascendente, aunque no se repita, de la duda universal, de la «incertidumbre máxima» de un genio de la poesía moderna: de Ezra Pound que a pesar de parecer derrotado y pesimista brota de él optimismo racional y humano al manifestar que cuanto nos rodea es temporal, que «está germinando un mundo nuevo que va a sobrevivir a la mecanización y algo de la conciencia del hombre quedará.» Son ideas que se acercan a las nuestras, a las que los

libertarios defendimos en España en 1936-39 y a las humanistas del mismo Unamuno.

He aquí por qué consideramos de interés social, humano, ético y estético estudiar un acto de Unamuno y otro de Benavente ejecutados en el mismo momento histórico, y que son la expresión global de sus vidas respectivas. Entre ambas acciones existe una diferencia fundamental: lo que va de la verdad a la mentira. Y todas las palabras que puedan amontonar los más conspicuos oradores y escritores del franquismo y del profranquismo (?) del interior y del exterior de la España sojuzgada para intentar ocultar o falsear la verdadera significación de la una y de la otra es tiempo perdido: nada puede impedir que se aquilaten, cabalmente, por sí mismas, al exponerlas clara y llanamente.

Miguel de Unamuno con un hecho, con un sólo hecho postrero, y Benavente con otro acto de epuesto significado expresan el sentido que hubieran deseado, cada uno por su parte, dar a todos los actos que realizaron en el curso de sus existencias. Al quedar, pues, rechazadas, automáticamente, todas las acciones que no concuerdan con lo último que pensaron, sintieron, expusieron e hicieron hacen fácil la tarea de apreciar y comprobar, con claridad meridiana, los valores intrínsecos, cualitativos y cuantitativos, de la individualidad, de la personalidad y de la psicología de los dos escritores señalados.

Unamuno con la actitud final de su vida, saldo, con creces, la deuda de gratitud hacia Don Quijote que lo inspiró y lo alentó a luchar, denodamente, en defensa de la Verdad y de la Libertad. Por el contrario, Benavente optó por representar la máxima ingratitud, que es desamor y más: bajeza superlativa, inferioridad moral y cobardía suma para manifestar sus ideas en cualquier situación con la energía y la alteza de miras que es posible exponer los pensamientos y los sentimientos más contrarios a los sustentados por otros sujetos. Y se empuqueñeció moral e intelectualmente en la misma o mayor proporción que intentó disminuir, enlodar y desprestigiar a la que tiene bien ganado prestigio universal indestructible: a la España Quijote, a la verdaderamente «única y grande» por su espíritu, que se vio obligada a defenderse del artero y criminal ataque militar y clerical de la anti-España.

Una es la realidad integral: que la España de Quijote y la anti-España son símbolos ideológicos tan antagónicos como opuestos son los procederes y últimos pensamientos y sentimientos sostenidos por Unamuno en 1936, y después de esta fecha por el farsante e ingrato Benavente, el más alto exponente del servilismo literario franquista. Son dos realidades psicológicas incompatibles: la del primero con elevada significación ética y constructiva, positiva, y la del segundo inmoral, antievolutiva, anquilosadora, que es decir negativa.

Hasta la víspera de su gran batalla humanista en el mismo paraninfo de la Universidad de Salamanca la inmensa mayoría de los hombres de pensar libre de todo el mundo creían que Miguel de Unamuno alternaba, de buen grado, con el franquismo. Que el militarismo fascifranquista y la

Iglesia tenían gran interés de hacerlo pasar por franquista lo demuestra lo que publican en el sexto tomo del Diccionario Enciclopédico Abreviado «Espasa-Calpe», editado en 1945, mintiendo a sabiendas, como perfectos bellacos de la pluma que propagan malas culturas y falsean la historia. En la página 550 de dicho tomo dicen que Miguel de Unamuno «en 1936 se incorporó al movimiento acaudillado por el general Franco». Sabían qué ocurrió en Salamanca en el precitado año, y sin embargo en una enciclopedia publican lo contrario nueve años después. Decirles inmorales, mentirosos, truhanes y asesinos es ya bien poco.

Todo da a entender que Miguel de Unamuno esperaba tener la oportunidad para expresar cuanto reprimía en su mente y en su corazón. Temía, con muchísima razón, no poder llegar a manifestarlo si las bestias franquistas se enteraban o intuían qué se proponía. La ocasión se le presentó en octubre de 1936 en el citado salón de actos académicos repleto de gente con o sin armas. Las más con éstas o armadas de odio homicida. Se criticó, como es sabido, a los habitantes de las regiones más rebeldes de España y se alabó, desmesuradamente, al dictador y «su obra». Y Unamuno se irguió, entonces, en defensa de la España Quijote. Se encrespó, con energía humanísima, agigantándose su vigoroso cuerpo de vasco, pronunciando frases lapidarias, señalando la inhumanidad del franquismo. Hizo frente a las fuerzas retrógradas que lo rodeaban derrotándolas moral e intelectualmente pese a estar solo, muy solo: sin una persona siquiera que con él se solidarizara. Y se confirmó lo que escribió el insigne escritor Gabriel D'Annunzio: «Mil pensamientos juntos no pesan lo que uno solo cuando está realmente solo.»

Unamuno alzó la voz para combatir a la anti-España en la más terrible de las situaciones. Sabía que sus labios podían los franquistas «sellárselos» para siempre, de uno u otro «modo», pero su pensamiento ya no podrían aherrojarlo, silenciarlo ni falsearlo.

Cuánto se arrepintieron los franquistas haber creído que el miedo y el instinto de conservación ahogaría al humanismo militante de Miguel de Unamuno, y no se atrevería a enfrentárseles. Si a pesar de haberlos combatido, cara a cara, teniendo por testimonio al mundo, se atrevieron a presentarlo como español, que «se incorporó al movimiento» que capitaneaba Paco «El Sanguinario», ¡cuánto más hubieran intentado hacérsele suyo de haberse Unamuno mantenido en silencio hasta el fin de sus días!

Rabia asesina sintieron las bestias franquistas cuando vieron alzarse ante ellas a Unamuno, y adoptar una actitud humana quijotesca, firme, serena, erecta. Y es que sólo así, pese a las peores consecuencias que han sufrido los Hombres dignos, los idealistas, los «Quijotes», de carne y hueso, insobornables, con mente sana y corazón limpio, con cualquier nombre: llamándose Sócrates o Cristo, Emiliano Zapata, Ricardo Flores Magón, Francisco Ferrer Guardia, Ascaso, Durruti, etc., los Pueblos pueden recibir buenos y bellos ejemplos de

solidaridad humana, de amor al prójimo y evolucionar en buen sentido social y humano.

En medio del terror, de crueldades mil y de la muerte que lo rodeaba Miguel de Unamuno clamó a gritos, encrespado, dirigiéndose a los avasalladores del pueblo hispano: «Franco recuerda mis declaraciones por la defensa de la civilización cristiana y occidental. Pero yo quisiera hablar de su defensa por medio de los métodos «cristianos» y no por medio de los métodos del militarismo brutal e ignorante, por la violencia, por el asesinato».

Atacaba a los franquistas usando, entre otros, ciertos términos humanos de la misma doctrina religiosa que aquellos abrazan, de lo poco humano que ésta contiene —como todas las religiones— como «engaño para» pescar o cazar sujetos ingenuos e incautos.

El mismo amor que sentimos por la libertad nos hace respetar todas las psicologías humanas. Este es el respeto que Unamuno pedía que practicara el franquismo que representa la intolerancia inquisitorial en grado superlativo. El avisado rector salmantino demasiado sabía que era pedirle más que «peras al olmo». Nosotros, los libertarios, de acuerdo, en parte, con Miguel de Unamuno, preferimos también «convencer a vencer». Los hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de la F.A.I. y de los J.J. LL. lo probemos en Cataluña, en 1936-39. Constituyendo las fuerzas mayoritarias armadas que vencimos al fascifranquismo, no impusimos una dictadura «libertaria» ni dejamos que nos la impusiera los stalinistas ni otros istas políticos, como lo intentaron, más de una vez, durante el curso de la Revolución española.

Los libertarios, los anarquistas, en general, fuimos y continuamos siendo tanto o más tolerantes que Unamuno, pero la tolerancia, que debiera ser lo fundamental de la conducta de todos los hombres, lo esencial de su ética en las relaciones sociales no quiere decir que hemos de transigir con la intolerancia, con la arbitrariedad, con la injusticia, con el crimen: con los autoritarismos políticos-religiosos que no respetan los más elementales derechos humanos del hombre, de las minorías pensantes cabales ni los de las mismas mayorías de un pueblo.

Recordamos que, al respecto, Benito Juárez expuso un brillante y noble pensamiento que debió ser hondamente sentido por él mismo: «El respeto al derecho ajeno es la paz». Pero el caso es que sólo los libertarios luchamos en el sentido que en este derecho se basen, realmente, todas las relaciones entre los individuos humanos y los pueblos de todas las regiones del orbe.

¿Qué respeto les merecía a los militares monárquicos-franquistas y a los clericales las mayorías políticas y las de carácter social que se manifestaban en España? Nigún respeto. La mayoría de los españoles no votábamos por luchar en el terreno social unos, los humanistas, libertarios, y por la influencia de estos seres, a los más, indiferentes la política. Sin embargo, desde el punto de vista político en España, la voluntad mayoritaria del «pueblo votante» se expresó en las urnas en fe-

brero de 1936, en las elecciones que ratificaron el respeto a la República española que advino en abril de 1931, a sus leyes, a su constitución y significaron por abrumadora mayoría de votos «normales», voluntarios, la derrota de la política de los monárquicos y de las clases oligárquicas, latifundistas, conservadoras. De éstas y de aquéllos procedían los militares felones, de todo lo más vil y reaccionario de la anti-España. Y el triunfo político que todas las fuerzas retrógradas del oscurantismo no pudieron conseguir por las buenas, sin violencias, en las urnas, quisieron obtenerlo a las malas: por la fuerza bruta, traidora y criminalmente.

La República española fue responsable, en gran parte, de la tragedia de España. Al ser demasiado blanda y torpe con los seculares enemigos del Pueblo y de la Libertad favoreció, un tanto inconscientemente, el desarrollo de los planes subversivos de aquéllos. Mantuvo en el ejército a toda la oficialidad monárquica que por tradición, por instrucción y educación era — y es— enemiga de la República, y estaba decidida a luchar hasta verla caer destrozada, en mil pedazos, bajo el hierro y el fuego de las mismas armas que el gobierno republicano ponía en sus manos. Este pretendía lograr la adhesión incondicional de los militares, admiradores del fascismo y del nazismo, ascendiéndolos, dándoles los más elevados sueldos con los más altos puestos en el ejército.

A Francisco Franco Bahamonde la República, en 1934, lo ascendió a general de división y en ese mismo año lo nombró nada menos que jefe del Estado Mayor Central. ¡Dos años antes de la sublevación militar! ¡No cabe ya más torpeza e inconsciencia en los políticos! Con Franco en tan alto puesto militar, con todos sus compinches ascendidos en todos los cuarteles de España y Africa, en las Canarias y en las Baleares, les fue fácil preparar, organizar y desencadenar la rebelión que iniciaron, en Norte de Africa, cinco meses después que las fuerzas políticas reaccionarias perdieron las elecciones: el 17 de julio de 1936. «Cria cuervos y te sacarán los ojos». Es lo que le pasó a la República criándolos.

Los republicanos españoles, desde los que lo son a secas hasta los marxistas, llamados socialistas unos y comunistas otros —que también defendían la República de 1931—, ¿reconocerán, públicamente, sus terribles errores y horrores? Así debería ser, de lo contrario demostraría cobardía y orgullo, la vanidad y la pedantería que en política se eleva al cubo. Sin embargo, debieran confesarlos si no como propósito de enmienda, de cara (?) a España, para que las experiencias de sus defectos y «debilidades», del gran número de sus inmensas torpezas sirvan de lección a sus afines políticos de otros países y, en particular, a los gobernantes «democráticos» de las repúblicas iberoamericanas que permiten la intervención de los militares en la vida política. Y estos van tomándose más atribuciones hasta atreverse a dar golpes de Estado e imponer dictaduras a los pueblos. Es lo que tan a menudo sucede en los Estados americanos de habla castellana.

FLOREAL OCAÑA

LUISITA

por Marcel PREVOST

—Sí —continuó Melchor— en lugar de llenar vuestras novelas de historias de adulterios viejas como los caminos; en lugar de analizar las conciencias de vuestras «cocottes» de gran mundo, que la vida de París ha formado y deformado de la misma manera, dadnos aunque sólo sea una vez lo que sólo nos habéis dado fragmentariamente: la novela del niño, ¡la novela de la niña sobre todo! Diríase que no sospechan ustedes, psicólogos ciegos, el misterio de esas frágiles muñecas que un día serán mujeres... Créanme, casi todos tienen su secreto. Casi todas alimentan grandes ternuras, que raramente confiesan...

Por mi parte, debo decir que el ser que me ha dado la sensación más completa del amor verdadero, profundo, exaltado, es cierta niña de once años

Se le interrumpió. Surgieron protestas. Melchor prosiguió.

—¡Oh, tranquilícense ustedes! Esto no es una historia de audiencia, ni aún de tribunal correccional. Yo he respetado las leyes de mi país... No digo que no me haya sentido asaltado por la tentación... En fin, he aquí la aventura.

Hace quince años de ello. Tenía yo entonces veintiséis. Por un azar que decidió de toda mi vida política, fui elegido como abogado por un grupo de obreros a consecuencia de una huelga sangrienta.

Estábamos en el mes de junio: el asunto debía presentarse a la reapertura de los tribunales. Me retiré al campo para estudiar con toda calma y concienzudamente mi «dossier».

Habitaba, no muy lejos de Versalles, un pabellón aislado en un jardín bastante grande. El edificio principal, al borde de la carretera estaba ocupado por mis propietarios: la familia de un sub-ingenero de Puentes y Caminos, padre, madre y dos hijas. La mayor tenía diecinueve años y se llamaba Julieta; la menor, Luisa, no contaba más que once años y medio. La llamaban Luisita.

El padre Lointier —el sub-ingenero— era un geómetra honrado y cerril; yo me divertía aterrándole con la exposición de terribles doctrinas revolucionarias que le servía a los postres, pues con frecuencia comía con la familia. La señora Lointier era una mujer de su casa, incolora y sumisa, que hablaba poco, no pensaba mucho y economizaba cuanto podía. Julieta era una robusta muchacha, bien formada estatua de carne de color de rosa, cuyos ojos, cuyas mejillas, cuyos labios, cuyos pechos y todo resto parecían decir: Estoy absolutamente a punto para que me desposen. ¿Quien me quiere?

Yo no debía ser este feliz marido: Julieta lo comprendió; fue inmediatamente admitido en la familia que quién estaba enamorada de mí, era Luisita.

Luisita, efectivamente, parecía muy emocionada por mi proximidad. Su frente, de una blancura de mármol transparente bajo sus cabellos castaños demasiado espesos, se cubría de rubor cuando me veía... Me miraba de reojo, con sus pupilas negras como moras, y desde que encontraba mi mirada, la suya escapaba. Jamás hablaba, en la mesa, en mi presencia; jamás consentía en besarme ante sus padres; si yo me divertía, persiguiéndola, ella escapaba y no se dejaba coger hasta que nadie podía vernos: entonces sentía, al estrecharla contra mí, todo su cuerpecito tenderse nerviosamente y después desfallecer... La pasión de Luisita fue, pues, un hecho reconocido por sus padres y por mí mismo, y fue para el padre Lointier y para Julieta una fuente inagotable de bromas, a las que algunas veces tuve la debilidad de asociarme.

Al cabo de tres meses de esta fructuosa soledad, había establecido sólidamente las bases de mi defensa. La fecha del retorno de vacaciones se acercaba. Creí necesario residir una o dos semanas en el lugar donde debía verse el proceso antes de la vista del mismo, y me despedí de mis huéspedes.

La última noche que pasé en el pabellón, cuando eran ya cerca de las doce y yo me entretenía, medio desvestido, cerca de mi cama, ojeando las piezas de mi «dossier», que clasificaba en mi cartera a medida que las iba revisando, un ligero ruido me hizo volver la cabeza... La puerta de mi habitación acababa de abrirse, y Luisita se encontraba en el dintel. Debió escapar ligeramente y sin ruido de la habitación que compartía con su hermana, pues sus pies estaban desnudos dentro de unas pantuflas y bajo un chal de su madre, su cuerpo se hallaba cubierto solamente con una camisa y una faldita.

Creí al principio en un acceso de sonambulismo, en un desorden cerebral; en todo, salvo en lo que era de verdad. Luisita venía a ofrecérsese, porque ella me amaba... Comprendan ustedes bien... Está claro que esa criatura no sabía nada del amor. Ignoraba lo que podía darme y lo que podía pedir de mí. Pero una oscura presciencia le revelaba que en amor, la mujer entrega su voluntad y su cuerpo al hombre que ama, e impúdica e inocentemente, venía, en el sentido riguroso de la palabra, a abandonarse a mí.

Cayó en mis brazos, y como yo la cogí sobre mis rodillas, creyéndola enferma, se apoderó de mi cabeza entre sus dos manos y empezó a cubrirme de besos los ojos, la frente, las mejillas... ¡Oh, la experiencia y el fuego de los besos! Estoy seguro de ser un hombre honrado y equilibrado; estoy seguro de no tener más que las pasiones normales de todo el mundo... Ha habido, sin embargo un ins-

tante muy corto en mi vida en que me he visto a punto de cometer un acto abominable.

El esfuerzo de voluntad con el que sacudí la tentación fue tan violento, que la criatura, rechazada por mí, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer.

Creí que iba a pegarle, y levantó hacia mi sus ojos sumisos, en los que apuntaban las lágrimas. Tuve el sentimiento de ser tan profundamente, tan ciegamente adorado por aquella chiquilla, que me acusé por mi brutalidad; tranquilicé a Luisita con mis caricias y mis besos. Intenté persuadirla de que debía volver, y muy deprisa, a reunirse con su hermana antes de que se diesen cuenta de su desaparición.

—¡Oh! —dijo ella— no hay peligro; Julieta tiene el sueño muy duro. Por la noche, con frecuencia, cuando no duermo, me levanto, me paseo por la habitación, hago ruido sin tomar ningún cuidado... Ella no se despierta nunca.

—¡Pero tú no puedes quedarte aquí, Luisita! Ahora que nos hemos dicho adiós, hay que ser razonable... ¡Es preciso que te vayas y me dejes!

Ella bajó la cabeza y dijo obstinadamente:

—Quiero quedarme.

—Quedarte... ¿por cuánto tiempo?

—Toda la noche... Cuando amanecerá, me iré. Nadie sabrá nada.

—Pero yo quiero acostarme. ¡Quiero dormir!

Ella escondió su cabeza contra mi espalda y balbuceó, como una confesión de novia:

—Yo quiero quedarme... Quiero dormir... como mamá al lado de papá... en la cama a tu lado.

¡Ah!, les ruego que crean ustedes que hice todo cuanto puede para que se decidiese a salir. Ella repetía obstinadamente: «¡Quiero quedarme! ¡Quiero quedarme!»... ¿Qué hacer? ¿Cogerla por el brazo y llevarla a sus padres? Aparte de que la situación hubiera sido un poco fea, sentía una repugnancia singular a traicionar el amor de esa pequeña; una verdadera rebeldía de honor: la que guarda, sobre nuestros labios, el secreto de una mujer que se ha entregado a nosotros.

Al fin, tomé mi partido.

—Sea —le dije—. Ven, vamos a dormir.

Envolví a la niña en el chal que había traído. La extendí sobre mi cama; yo me eché a su lado, medio vestido como estaba. Cuando la luz se apagó, ella anudó sus brazos alrededor de mi cuello; se quedó quietecita. Pronto sentí su corazón alborotado calmarse; su respiración, hecha regular, me indicó que dormía...

Por mi parte, los pensamientos malsanos que un instante turbaron mi cerebro, se habían desvanecido. Estreché contra mí, con un verdadero abrazo paternal, esa tierna cosita inanimada que había venido confiadamente a entregarse a mí. Y a mi vez me dormí... Cuando vinieron a llamarme, a la mañana siguiente, alrededor de las ocho, Luisita no estaba allí.

Una hora más tarde, abandoné la casa. El padre Lointier, su mujer y Julieta me despidieron. Luisita no vino; me dijeron que lloraba en su habitación, que no quería bajar...

—¿No la volvió a ver más?— preguntó alguien cuando Melchor calló.

—No... Jamás.

—Tanto peor para usted... ¡Seguramente hubiera sido una aventura divertida!

—Se engaña usted —contestó gravemente el narrador—. No he vuelto a ver a Luisita, pero sé lo que ha sido de ella... A los diecisiete años profesó en las Ursulinas de Versailles.

Marcel PREVOST

La voz del interior

¡Trabajadores de Euzkadi!

Todo hombre tiene derecho a pensar y el pensamiento no debe constituir un delito sancionado por el Código Penal.

Llevamos 25 años de Paz, como blasona el Gobierno y aún siguen compareciendo ante los tribunales militares, civiles, y el especial de Orden Público centenares de hombres con peticiones de años de prisión, por el solo motivo de pensar y pedir que se nos equipare el resto de los ciudadanos del mundo.

Tenemos derecho a elegir el Sindicato más afín a nuestras concepciones. Tenemos derecho a poder declararnos en huelga para la defensa de nuestras reivindicaciones, sin que ello constituya, como el pensamiento, un acto punible.

Sólo los deberes quedan para ser cumplimentados por la clase trabajadora y cumplidos éstos hasta la saciedad, el ultraje y los despidos recibimos como compensación. Así viene ocurriendo aquí en Vizcaya, Vergara, Beasain, Tolosa y Rentería por no mencionar más lugares.

¡Pongámonos en guardia contra los atropellos para impedirlos!

La Alianza Sindical de Euzkadi, en colaboración con el Consejo Delegado del Gobierno Vasco, conscientes de las graves afrentas de que somos objeto los trabajadores hace un llamamiento de solidaridad convocando a una concentración pacífica que tendrá lugar el próximo domingo 18 de octubre, de 12 a 1 del mediodía, hora en que se disolverá.

En BILBAO: Granvía.

En PAMPLONA: Paseo Sarasate

En SAN SEBASTIAN: Frente al María Cristina.

En VITORIA: Calle Dato.

Nuestra presencia en la concentración será como desagravio e identificación con los que sufrieron y sufren la persecución franquista por defender las libertades sindicales y los Derechos del Hombre.

¡Trabajador, demócrata, tú mismo puedes comparecer en el banquillo de los tribunales franquistas si no sabes defender con tesonera hombría los inalienables derechos que te pertenecen!

¡Por la Libertad Sindical!

¡Por el derecho a la huelga!

¡Por el reingreso de todos los trabajadores! Te espera en la concentración del día 18.

La Alianza Sindical de Euzkadi.

S.T.V., U.G.T. y C.N.T.

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

El lunes, el P. Juan María me hizo llamar muy temprano. Según la Santa Regla de la Santa Casa —la desconfianza es la primera y no vacilaría en decir la superteológica virtud católica—, debía hacer mis maletas con la asistencia del maestro de los novicios. Antes de realizar esta tarea, que no sería muy larga, tuvimos una entrevista singularmente afectuosa.

Amabilidades, primero titubeantes, luego tiernamente paternas. En fin, el infeliz P. Juan María se acusaba, ingenuo y humilde, de ser el primer artesano de mi desdicha.

—Soy culpable —decía la palabra, como en la recitación del *Yo confieso*, atrayendo hacia su pecho un gesto con su puño derecho medio cerrado—, soy culpable por no haber comprendido de qué manera con usted hubiéramos tenido éxito. También soy tal vez culpable por haber consultado demasiado y por haber cargado en otros hombros la cruz que yo sólo debía llevar. Yo que os veía más, que os conocía mejor, que os amaba más profundamente en Nuestro Señor Jesucristo, debía haber tenido el valor de las decisiones. Es usted un niño que anhela el amor y la confianza. Hubiera debido daros en seguida la ropa del novicio.

¡Maravilla! Sin esfuerzo hablaba y habló en toda esta entrevista. Pocos titubeos. Ni una palabra impropia. Ni siquiera una vez el gesto ridículo en donde la mano arrancaba la palabra de la boca.

Me cuidé bien de interrumpirle. Me sentía ante algo de sagrado: un corazón que se abre, que se abre más de lo que quisiera. El acento del P. Juan María me emocionaba como una música de amor y de bondad.

Mientras discurría, me había atraído hacia él. Bien a menudo su mano me apretaba contra su sillón, pero mejor hubiese querido apretarme contra su cuerpo. A veces, me acariciaba suavemente la cara. ¿No había en estos gestos paternales el pequeño cálculo de esconderme que lloraba? Ingenuo cálculo, como todo lo que venía del adorable santo. Los ojos de un niño saben ver de lado.

En su palabra, hoy abundante y fácil, algunos vocablos demasiado inverosímiles me sobresaltaron. El P. Juan María decía:

—No caeré de nuevo en los mismos errores cuando usted vuelva.

Su brazo sintió mi brusco retroceso de asombro y de rechazo. Sus labios sonrieron bajo la humedad y el fulgor como rientes en aquel momento, de sus ojos y prosiguió:

—Ya sé. Parte usted sin esperanza de retorno. Parte usted feliz como de una cárcel que al fin se abren las puertas. Pero lejos de mí, usted se dará

cuenta de cuánto yo lo quiero; usted sentirá también que ser guiado por uno que os quiere y al que se quiere —pues usted mañana no dejará de quererme—, es la verdadera libertad, la sola que esté sin peligro para nuestra salvación, la sola también que tenga alguna dulzura humana.

Las últimas palabras habían sido pronunciadas de un modo extraño, o se podría decir encantado y avergonzado, arrullado y ahogado.

Mis ojos también se volvían húmedos. Me lancé sobre el P. Juan María, lo abracé tumultuosamente, emocionadamente. Me devolvió mis abrazos y mis sollozos mal contenidos fueron también respondidos por algunos suspiros idénticos. ¿Era mi partida hacia los peligros del siglo lo que hacía suspirar al santo? ¿Era nuestra separación? ¿O eran aquellos suspiros, reproches que él mismo se hacía? Tal vez nuestro afecto le parecía fealdad y tinieblas precisamente porque era de una belleza y de una luz humanas.

Mis lágrimas ahora fluían abundantes. Me sentía muy desgarrado. Mi corazón emocionado me arrastraba casi hacia ese ensueño de retorno. Mi razón lo proclamaba imposible.

A veces un ser al que se deja sin pena para siempre se revela demasiado tarde, haciéndose querer con una embriaguez de luz que no puede ser, ¡desgraciadamente!, nada más que crepúsculo; con dificultad y dolor no se desliza hacia lo ridículo, hacia los aliviantes juramentos de eternidad. Bien se sabe demasiado que nunca más habrá que verse.

Temblando de deseo y de miedo, dije en un tal resbalamiento y un tal vértigo.

—Pero P. Juan María, usted sabe que yo no puedo volver.

Emocionado, por crearme conquistado, el maestro de los novicios hizo una cosa inaudita: me tuteó:

—Hijo mío, pobre hijo, querido hijo, seguro, tú no puedes volver en quince días o en tres semanas. Pero, en seis meses, podrás volver y volverás.

Quise sentarme en las rodillas del buen viejo. Me rechazó:

—No, hijo mío, no, mi pequeño Henri. Tú me preparas ya una próxima confesión demasiado pesada.

—Padre Juan María —pregunté yo, emocionado y malicioso—, ¿está usted seguro de que no se confiesa nunca de las propias bellezas y grandezas?

—¿Qué dices tú, monstruoso pequeño demonio?

—Padre Juan María, todo el mundo dice que es usted un santo.

—Todo el mundo se equivoca mucho.

Mi cabeza riente y lagrimeante hacia un signo de aprobación.

—Sí, P. Juan María, todo el mundo se equivoca. Usted es mucho más y mejor que un santo: usted es un hombre y es un corazón.

—El corazón —el acento se volvía bien doloroso mientras que se crispaba extrañamente la cara—, el corazón, si no está sometido a la Regla, hace cometer terribles equivocaciones.

—Padre Juan María, el corazón de Jesús se oponía heroicamente a la regla que exigía la muerte de la mujer adúltera. El corazón de Jesús perdonaba a Magdalena porque ella cedía a su corazón en lugar de obedecer a la regla. ¿A qué regla se sometía el corazón de Jesús cuando reservaba sus enseñanzas más profundas a aquella samaritana que, habiendo tenido ya cinco maridos, vivía con un sexto hombre que no era su esposo?

—Predicas bien hijo mío. Pero la doctrina no es ortodoxa. Te compadecería si estuvieses convencido. Te compadezco porque juegas con cosas santas.

—La lógica, P. Juan María, ¿acaso no obliga a condenar sea esas reglas que «mandatos de hombres» afirman arbitrariamente santas, sea el evangelio y «la santa libertad de los hijos de Dios»?

—Cállate, monstruoso pequeño demonio. Tú no vas a arrogarte o a atribuirme los privilegios de Jesús. El es Dios. El mismo es la Regla o, para repetir sus palabras, «la Vía, la Verdad y la Vida». Resucita primero a Lázaro, luego te acordaré algunos derechos.

—Pero, querido Padre, El ha dicho: «Sólo es perfecto el discípulo que se parece a su maestro». Y ha ordenado: «Sed perfectos como el Padre Celeste es perfecto» (21).

Entonces, el P. Juan María separó la discusión.

—Propondrás tus dificultades a otros más sabios que yo, a tus profesores del Gran Seminario, por ejemplo. Déjame más bien decirte porque en seis meses podrás volver, porque en seis meses volverás.

El Reverendo Padre Superior del Colegio de París era muy viejo y su inteligencia se debilitaba cada día. Se creía saber que el Reverendísimo General iba a darle por ayudante primero y por sucesor pronto, al reverendo padre Segismundo. En Aix, el nuevo Superior sería sin duda el padre Francisco. El padre Francisco que tenía afición por el estudio, le agradaba mi inteligencia y mi gusto por el estudio. El P. Juan María tendría el cuidado de hablarle de mí de cuando en cuando, impidiéndole que me olvidara, cultivando así su deseo para volverme a ver.

Siempre afectuosa, la palabra del maestro de los novicios ya no me emocionaba. Había vuelto al tratamiento del usted regular, lo que me hería como una traición de amor. Para esta exposición

(21) Han Ryner es autor de una vida de Jesús titulada *Le Cinquième Evangile* (El Quinto Evangelio) que se editó varias veces en francés. Fue traducida al castellano y publicada en Sabadell (España) por Crisol y en Buenos Aires por Imán. En 1962 apareció *O Quinto Evangelho*, editado por Germinial en Río de Janeiro. Existen dos traducciones inéditas, en inglés y en esperanto.—Trad.

de los hechos, me había obligado a que me sentara a cierta distancia. Apenas si lo escuchaba ahora, ni siquiera cuando me enorgullecía al sentirme recomendar el que fuera humilde, más humilde que los otros, porque, con esta sola condición, Dios me reservaba la gloria de los grandes oradores sagrados.

La felicidad me volvió cuando el P. Juan María dijo:

—Ven a abrazarnos una última vez y contégnamonos.

Pero yo al abrazarle:

—No hay por qué contenerse.

—Hay que hacerlo por diversas necesidades, querido, mi querido niño. Estas emociones desgarran a mi pobre corazón demasiado viejo. Me sacarían la fuerza para efectuar todos mis deberes... Subamos a hacer tus maletas.

Entonces, me apreté contra él, afectuoso, como adheriéndome:

—Querido P. Juan María, quisiera pedirnos una cosa.

—Di lo que quieres, mi pequeño Henri.

—Deme dos o tres libros latinos y un diccionario.

—Monstruoso pequeño demonio, tú sabes bien que nada de aquí me pertenece.

No me atreví a insistir. Pero él, viendo mi decepción, levantó los hombros, rebuscó entre sus pobres libros y me dió un César muy usado.

—Padre Juan María —imploré aún— ponga en la primera página la fecha y vuestra firma.

Pero rechazó victoriosamente aquel pecado demasiado grueso o aquel gesto demasiado comprometedor.

Me acompañó él mismo a la estación con un postulante que arrastraba mi pobre maleta con un pobre carrito de mano. Fue el P. Juan María quien compró mi billete y que hizo registrar mi equipaje. Se negó a pasar al andén. En la sala de espera de tercera me dio casi friamente —a causa del testigo— el beso de paz. Pero me dijo con una hermosa sonrisa

—No tenemos casi el tiempo de decir algo. No olvide jamás querido niño, nuestra entrevista de ayer. De ella depende vuestra salvación.

Bajó la voz, fue, como la víspera en algunos minutos, confianza y confusión, arrullo y ahogo:

—Vuestra salvación y mi felicidad, lo temo, en este mundo.

IV

La carta por la cual el R. P. Segismundo anunciaba mi retorno no era, se lo adivina, muy indulgente. Mi padre me recibió con grandes gritos indignados en los cuales decía que yo nunca sería bueno para nada y en donde, recuerdo, expresaba que mi cabeza terminaría por rodar encima del cesto de aserrín, cortada por la guillotina. La doble cólera de Dios, como en todos los discursos violentos de mi padre, era pronunciada en cada fra-

se, pero en dialecto catalán: **Raira da Dieu** (22). En dialecto mi padre también repetía, en tales ocasiones, la afirmación de su raza: **Sieu catalá**. Lo que quería decir, sin duda, que un catalán no soporta ciertas cosas.

Era necesario mantener silencio durante la borrasca. Mi misma madre se callaba mientras duraba la tormenta gritona. La menor interrupción hubiese hecho la escena más larga y las exclamaciones más locas.

Dos o tres días más tarde, volvieron a venir los reproches con un tono menos excitado: eran a veces desolados y paternales, a veces despreciativos e irónicos. En esta fase, se podía responder. Pero primero toda prudencia era poca. Luego una cierta mezcla de ternura y de firmeza voluntarias se hacía posible, en donde yo no era muy torpe.

—Entonces gran tonto, ¿has perdido la ocasión de ir a ver París?

Y alzando los hombros se reía con sarcasmo.

Tampoco creí yo necesario retener mi risa y dije:

—Entonces papá, ¿tú te imaginas que estar encerrado en un convento en París es ver París? Pero, papá, en mis quince meses pasados con los Hermanos Grises, no he ido una sola vez a Aix durante el día. Todas las semanas íbamos a los baños tan temprano que no encontrábamos a nadie y ninguna tienda estaba abierta. En San Pablo de los Tres Castillos no tuve tampoco suerte. Atravesé el villorrio una vez en pleno sol y una vez bajo la lluvia. Yo estaba en las filas, y si mis párpados cerrados se hubieran abierto al espectáculo profano, ¿qué castigo hubiera sido bastante para tal crimen? La comunidad, como cuando yo tuteaba a un confidente, hubiera lamentado en coro el **De profundis** durante mi confesión, y desde que como una flor hubiera traído mi absolución, se habría alegrado con un **Te Deum** o, por lo menos, con un **Magnificat**.

✱

Siempre sin diccionario, yo trabajaba con el **Pro Arquia Poeta** que poseía por derecho de conquista y con el **César** del buen P. Juan María. Por meditaciones a tientas y adivinatoras, por la búsqueda de una misma palabra diversamente iluminada por contextos diferentes, enriquecía cada día mi léxico. Pero el Virgilio seguía siendo casi enteramente rebelde a mis esfuerzos.

Una mañana, ya no encontré más mi tesoro en su lugar. Desaparecidos, Virgilio y Cicerón, César y Lhomond. Desvanecido, mi laborioso léxico. Busqué por todas partes sin encontrar nada, en los lugares más inverosímiles. Con una sonrisa decepcionada mi madre miraba mis vanas búsquedas y mi nerviosismo en aumento.

(22) Los padres de Han Ryner eran oriundos de la Cataluña francesa, conocida en Francia por el Rousillón, cuya capital es Perpiñán. Como puede verse esta exclamación (Cólera de Dios) y en la que sigue más abajo (Soy catalán) el idioma en el cual escribió Jacinto Verdaguer difiere bastante del catalán que se habla en los valles del Canigou. —Trad.

Ella dijo enfin, sacudiendo la cabeza:

—No vale la pena, hijo mío, buscar por toda la casa. Sé lo que buscas y no lo encontrarás. Tu padre lo ha hecho desaparecer.

—¿Por qué?

—Debido a que el Seminario se ha cerrado para ti, debido a que no has sabido tener paciencia para quedarte con los Hermanos Grises, es demasiado cierto que tú no llegarás nunca al sacerdocio.

—¡Qué no! Vas a ver como llegaré. Tú sabes bien que tengo voluntad y que llegaré.

—Tu padre no lo cree y considera como tiempo perdido el tiempo que pierdes con el latín. Vas a tener dieciséis años y creces un poco. Quiere que te prepares, en lo que quieras, para el concurso de la Escuela Normal o del Supernumerario de Correos.

—No quiero ser ni cartero ni maestro.

—Quieres lo imposible, pobre hijo mío. Será necesario que te resignes a lo posible.

Pero yo dije, feroz:

—También la muerte es cosa posible. Si mi padre no quiere comprender, moriré.

En vano mi madre me consolaba con caricias. En vano me presentaba las perspectivas encantadas en donde el maestro era el más feliz de los hombres, a menos que no lo fuese el comisionado de correos. Nada calmaba mi desespero; nada sacudía mi resolución; nada me arrancaba a mi obstinación tenaz.

Se aproximaba la hora en la cual mi padre volvía del trabajo. Odiosamente, quise huir.

—Voy a pasearme.

—Sería mejor que fueras a recoger hierba para los conejos. Enfin, haz lo que quieras. Pero vuelve a mediodía. Sabes que tu padre quiere que todos estén en la mesa a esa hora.

—Sin embargo, no pienso estar presente. No comeré hasta que no me entreguen mis libros. Y no quiero que la presencia de alguien que no come os corte el apetito.

—Mi hijo, mi pobre hijo, mi terrible hijo...

Yo estaba ya afuera. Corrí todo el día por las bellas colinas desiertas desde donde se divisa el mar. Volví solamente para acostarme.

Al otro día, mi madre no tuvo éxito en hacerme aceptar el desayuno. Mi padre, me dijo, tomaba la cosa aún riendo: «Tendrá más ganas de comer mañana». Pero no había que obstinarse hoy: sería recalentar su gran enojo y hacer explotar una de esas escenas que volvían enferma a mi pobre madre.

—Búrlate de sus ridículas escenas como yo me burlo de sus absurdos caprichos.

Y me fui hasta el atardecer.

A mi retorno, libros y cuadernos estaban en su lugar. Mi padre no estaba allí. Había declarado:

—No debo ver demasiado pronto a ese testarudo. Tengo miedo de darle una gran paliza.

Pero tales tormentas no eran muy largas. Y las decisiones irrevocables de mi padre, cuando mi madre y yo nos obstinábamos contra ellas, duraban a lo más tres días.

Yo ya no sé como mi madre descubrió la existencia en Aix de la institución de Nuestra Señora, supo que se podían obtener grandes concesiones en los precios oficiales, negoció con el director y, aunque el sacrificio era terriblemente pesado, decidió a mi padre. Hacia mediados de abril, después de las vacaciones de pascuas, entré como pensionista en esta casa laica pero piadosa. De nuevo, me sentí el más feliz de los jóvenes.

El viejo señor Manuel —o, como decíamos todos nuestros días más educados, el tío Manuel— era el solo profesor de su establecimiento que agrupaba una sesentena de alumnos. Recuerdo que había cuatro o cinco retóricos y éramos una docena censados en quinto. Había unos pocos más en octavo. El resto sólo estudiaba el francés y las matemáticas.

z

El tío Manuel, si el juicio no me falla, era verdaderamente instruido y su actividad experimentada bastaba para toda la labor. Era ridículo, por lo que sentíamos de anticuado en sus palabras solemnes y en sus lentos métodos, pero sobre todo por un gesto verdaderamente simbólico: todos los lunes entregaba a cada uno de nosotros, con otros «abastecimientos», tres plumas de oca. Conocía la pluma de oca por mis lecturas y por los recuerdos de infancia de mis padres pero, antes de mi encuentro con el tío Manuel, yo no las conocía. ¿De cuando debía ser su inagotable y arcaico depósito? Nadie entre nosotros consentía a usar el instrumento fuera de moda. Los externos nos traían plumas metálicas: cinco por un céntimo.

En todas las clases los externos iban a la cabeza sin esfuerzo y el tío Manuel debía ser para ellos un excelente profesor. La desgracia radicaba en que era imposible trabajar en el estudio.

El día mismo de la entrada a clase en octubre, según parece, después de que el tío Manuel hubo presentado a los alumnos al infeliz mequetrefe que sería el repetidor y en el momento en que el patrón se hubo alejado, un retórico, el hercúleo Raimundo del Torrente silvó y el más ruidoso de los desórdenes comenzó. El desgraciado repetidor se desgañaba, pero sólo añadía más ruido y no lo dominaba. Sus gestos desolados, imitados por todos entre las danzas sobre los bancos y el barullo encima de las mesas, daban un alimento más a la alegría. Pero Raimundo del Torrente se le acercó y, con un gesto imperioso, obtuvo el silencio. Entonces, con el aspecto severo, preguntó al pobre diablo:

—¿Tú estás con osotros o con el patrón?

Sin dejarle el tiempo para responder, continuó:

—Si estás en contra nuestra, vas a recibir la primera paliza cotidiana.

Con la camisa arremangada, Raimundo mostraba sus impresionantes músculos de los brazos.

—Señor —balbuceaba el infeliz mequetrefe— solamente quiero ser indulgente. Pero no podría sin embargo tolerar por una segunda vez el desorden precedente.

Raimundo se echó encima del desgraciado repetidor, gratificándolo con algunos sólidos puñetazos. Luego, lo enderezó, agarrándolo por el cuello y sacudiéndolo brutalmente.

Y, mientras tanto, dijo:

—Expliquémonos leal y claramente. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos; las explicaciones leales hacen los buenos compañeros. Si vas luego a contar al tío Manuel nuestro pequeño desacuerdo, primero supongo que tal cosa te humillará un poco. Después, el tío Manuel te explicará que yo soy un buen muchachón al cual hay que dejar pasar por alto algunas fantasías. Al mismo tiempo, recordará que, con el pretexto de que tengo buen apetito, mis padres pagán pensión doble. Recordará también el viejo bibliomano, que le han hecho y le harán regalo de más de un libro raro. Entonces, amigo, escucha bien. Puesto que habrás comenzado, tu dignidad exigirá que continúes. Dirás más o menos así: «Es necesario que el señor Raimundo del Torrente o yo dejemos esta casa». Y el tío Manuel que no es un imbécil te responderá: «Como usted quiera, querido señor. Los repetidores se encuentran a trece la docena, mientras que un Raimundo del Torrente es más difícil de hallarlo».

Después de dos o tres tentativas de rebelión, cada una de las cuales le valió una paliza, el pobre repetidor doméstico no encontró otra solución que el hacerse cómplice de la pereza general y servidor del desorden universal. Fuera del estudio herméticamente cerrado, hacia de centinela, observando las raras e imprevistas llegadas del tío Manuel. Antes de abrir y de ir a su pupitre, daba la señal de alarma con cierto golpe dado en la puerta. El tío Manuel tenía así la satisfacción de encontrarnos a todos sumergidos en el trabajo; mis compañeros la felicidad de no hacer nada; el repetidor famélico, la suerte de no ser expulsado.

En un ruido infernal, entre los juegos diversos, las carreras entre las mesas, debajo de las mesas y encima de las mesas, intenté el primer día de traducir, a pesar de un dolor de cabeza a cada instante más pesado, mi fábula de Babrius. El verdadero amo de la casa, el gigantesco, el brutal, el temible Raimundo del Torrente me preguntó burlo:

(Continuará.)

APUNTES

El colectivismo en la revolución española

POR múltiples causas los sociólogos, desde los católicos a los comunistas ortodoxos, definen —con aviesa intención— al «Colectivismo anárquico» como un sistema caótico y de desorden económico.

En buena teoría, entendemos que para tener un criterio exacto sobre el «Colectivismo anárquico» precisa examinar los resultados experimentados en la Revolución española, y tener cuenta de los hechos.

La imparcialidad en materia social debe ser la norma a seguir para establecer la verdad. Y no es así.

Todos los juicios que hemos visto emitidos sobre la materia o sistema económico-social del «Colectivismo anárquico», parten del error de asimilarle a las concepciones del «Manifiesto Comunista» de Carlos Marx (1848). Un año de progreso en la Ciencia Social, aún no ha permitido a los sociólogos hallar las causas fundamentales que separan y dividen inconfundiblemente las dos concepciones. Admiten todos la posibilidad de una economía colectivizada pero vinculada a la evolución del Estado socialista. Esta fórmula es la que presentan como panacea que sucederá, en oposición, al sistema capitalista. Y en esta evolución de la economía privada hacia el colectivismo de Estado, sitúan la felicidad de los trabajadores, el principio de igualdad social.

Un error capitalísimo que cometen los doctos llegando a semejantes conclusiones. El colectivismo de Estado es la negación de la personalidad del productor. Y la cacareada igualdad social, brilla por su ausencia, puesto que dos clases subsisten; funcionarios dirigentes y obreros productores, obligados a una mecanización preconcebida por y para las necesidades del Estado.

Todas las apreciaciones hechas sobre el «Colectivismo anárquico» son excesivamente tendenciosas. Los más interesados en desvirtuarle son los socialistas y los comunistas. No analizaremos la falsedad de su lógica, porque ni esta existe en sus razonamientos. No ahondaremos en disquisiciones filosóficas. Nada aportarían de nuevo en los trabajos de teoría ampliamente definidos por los pensadores y filósofos de todas las escuelas. No falta más teoría; lo que se puede decir, ha sido ya expuesto en todos los tonos y en todas las formas.

No nos queda más que afianzar experiencias. En este crisol de las ideas es donde pensamos fundirlas y llegar a unas conclusiones —no particulares— que de ser así, no tendrían ningún valor. Las conclusiones serán los hechos. Estos, la historia no los mentirá jamás.

La naturaleza del «Colectivismo anárquico» se define por sus realizaciones controladas. Estas son una leyenda en los cerebros obtusos y cegados por la pasión política o religiosa, pero no en los miles de testigos, en los quintales de documentos que corroboran estas deducciones extraídas del examen de las realidades. Es innegable que el sistema colectivista — que ha regularizado la vida económica en Aragón, es un principio de economía socializada llamada a cristalizar en una Sociedad Comunista Libertaria.

La Confederación Nacional del Trabajo de España ofrece su experiencia a los trabajadores del Mundo como un medio seguro e infalible de llegar a la supresión del Estado y del Capitalismo. Su historial, sus luchas son el espejo de la verdad que oponemos a los sistemáticos detractores del anarquismo conceptuado como expresión del desorden.

El «Colectivismo anárquico» es la esencia de la lógica social y económica bien especificada en el desarrollo, particularmente intenso, de las iniciativas individuales. El miembro de una colectividad anarquista no es un «robot», mas un hombre que piensa y determina, que posee un criterio, una personalidad que le niega el colectivismo socialista de Estado. Todo miembro de una colectividad anarquista es un valor positivo, al adaptarse por propia voluntad a los intereses generales de la Sociedad, a la cual le vinculan las relaciones humanas.

El «Colectivismo socialista de Estado» es la negación de toda iniciativa individual y colectiva. La prerrogativa sobre todas las iniciativas son función de Estado, soberano y único determinante en la economía político-social. Los Kolkohz son un ejemplo viviente de la negación misma del colectivismo estatal. Su existencia ha tenido que ser mantenida, dando facilidades a los mismos colectivos para traficar y especular al margen de los intereses del propio colectivismo. Mientras que en Aragón y en las colectividades de todo el territorio libre del fascismo, los propios productores refractarios a nuestro principio social, se sumaron voluntariamente a las colectividades. En estas abundaron los artesanos y los campesinos pequeños propietarios. En Rusia, estos se han separado de más en más de los «Kolkohz», fomentando una nueva clase privilegiada sumada a la de funcionarios. Esto porque el Estado, amo supremo y soberano, hace del hombre un simple número en el engranaje absurdo de su maquinismo funcional.

El «Colectivismo anárquico» se destaca por sus rasgos característicos en tres aspectos fundamentales: el jurídico, el económico y el filosófico.

Bernardo POU

Perfil y conciencia de un pueblo

por Juan de IBERIA

CON dólares y libras esterlinas se vive en España regaladamente. El régimen del caudillo de las manos rojas se pavonea del gran éxito turístico que ha tenido la nación en el curso del pasado verano. El turismo ha ofrecido siempre eso: viajes de placer, pintorescos paisajes, reductos de legendaria cultura artística, danzas y cantos seductores, hombres y mujeres fascinantes, espectáculos que electrifican cual las corridas de toros. La Dirección General del Turismo está explotando esta mina de manera magistral, con arte e inteligencia dignos de mejor causa.

Pero el señor Pemán no se engaña. El turismo que tanto nos ufana, ha dicho recientemente el señor Pemán: «Es la espuma de un bienestar económico que rebosa en otras partes.» «Y así como el turismo existen otras cosas —agrega el poeta académico: «La exportación de criadas y obreros entusiasma también a algunos y se convierte en una nueva hazaña.» De lo dicho por el poeta pegajoso se infiere que la invasión de poetas en nuestro país no es debido a su paz, a su tranquilidad, a su abundancia, y a sus... toros. Es una ilusión patrioterista. La España francofalangista se enorgullece de lo que a todos los españoles dignos de tal apelativo, nos avergüenza...

De lo que no habla el señor Pemán es de la exportación de profesores a los Estados Unidos. Los intelectuales que no pueden enseñar en su país se ven obligados a explicar las grandezas de nuestra cultura, desde el siglo de Oro a nuestros días, a los amigos de Golwater y de Mac Carthy, dándoles explicaciones sobre la catedral de Toledo, Burgos y Santiago de Compostela. ¿Pobre y desdichada España!

Catedráticos sin cátedra, campesinos sin tierra, y criadas hermosas como Dulcinea del Toboso que van a alquilar sus brazos al primer postor. El flamante señor Solís, secretario, ministro y rec-

tor del Movimiento, puede ufanarse de los tres millones de brazos vigorosos regalados al extranjero como mercancía barata. La España peregrina y desterrada que no sabe leer porque la han dejado huérfana de maestros, de profesores...

Pero España no es sólo eso: España es un pueblo maduro, de recio carácter histórico, que hay que recobrar para la democracia y la libertad. Quien desconozca la historia de España, no será capaz de comprender la sin igual grandeza de su tragedia. Y debido a la ignorancia, cuando no de la mala fe, o de la indiferencia que es la peor de las cobardías, no son pocos los turistas que caen en las tupidas redes de la propaganda facciosa.

Hay que ir a España con los ojos del entendimiento bien abiertos; y de una manera especial aquellos que se consideran liberales, humanistas, amigos de la verdad y no sé de cuantas otras zalandajas por el estilo; los que vean en el semejante un ser hermano y gusten de la mutua comprensión como mejor vehículo que nos conduzca a la armonía universal, que es evolución y ciencia, progreso y solidaridad.

¡Que vayan a España todos los turistas del mundo! Que vean la España de los pueblos **vendidos de monte a monte, de mar a mar**. Así se darán perfecta cuenta de que la España de Hemingway no es la España de Unamuno, que el país de la **leyenda negra**, no es la patria de Don Quijote, de Zalaicain y de **Marinet**, el acuchillado por los sátrapas de Falange.

Es de esperar que esa España repelente, que nos disgusta y denigra, desaparezca pronto, y que la España árida, reseca, triste, trágica, se dé cita de honor en las cumbres de los Pirineos para entonar el canto del trabajo redimido, de la libertad recobrada, de la justicia social hecha cuerpo y acción para encaminar sus pasos no hacia la **aventura**, sino hacia la gran ventura. No hacia el odio que mata, sino hacia el amor y la paz que ha de salvar a todos nuestros queridos pueblos...

POETAS DE AYER Y DE HOY

El mañana efímero

por Antonio MACHADO

La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María,
de espíritu burlón y de alma inquieta,
ha de tener su mármol y su día,
su infalible mañana y su poeta.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero.
Será un joven lechuzo y tarambana,
un sayón con hechuras de bolero;
a la moda de Francia realista,
un poco al uso de París pagano,
y al estilo de España especialista
en el vicio al alcance de la mano.
Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahir, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luengo parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;
florecerán las barbas apostólicas,
y otras calvas en otras calaveras
brillarán, venerables y católicas.
El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero,
el vacío ayer dará un mañana huero.
Como la náusea de un borracho ahito
de vino malo, un rojo sol corona
de heces turbias las cumbres de granito;
hay un mañana estomagante escrito
en la tarde pragmática y dulzona.

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«CENIT» OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

Energía atómica	10,50 frs.	Ideas universales en el pensamiento espa- ñol, Alaiz	0,50 »
En torno al casticismo, Unamuno	4,50 »	Ideologías y regiones	3,60 »
Enfermedades de la mujer	1,00 »	Impotencia en el hombre	30,00 »
Espejo de la muerte, Unamuno	4,50 »	Importancia de llamarse Ernesto, Wilde	4,00 »
Falsos redentores	8,00 »	Infancia entre dos esquinas	3,00 »
Fascismo en la ideología del siglo XX, C. Rama	2,50 »	Infancia en Nueva York	6,00 »
Fatalidad	2,00 »	Inquisición en hispanoamérica	11,00 »
Federación Local es el municipio, Alaiz	0,50 »	Invernada en los hielos, Verne	2,00 »
Feria de discretos	2,00 »	Intruso, J. Ferrer	0,50 »
Ferrer Francisco	15,00 »	Indomable (la), Montseny	1,50 »
Fin de la Tierra	5,50 »	Influencia anarquista en el socialismo, Rocker	2,00 »
Final de norma, Alarcón	2,00 »	Incógnita de Indoamérica	1,50 »
Figón de la reina Patoja	2,00 »	Ira, Séneca	2,00 »
Filosofía de la Vida, Engels	2,00 »	Ivanhoe, Scott	3,00 »
Frente al mañana, Sánchez Albornoz	2,00 »	Jane Eyre, Bronte	4,00 »
Fuera de la ley, Bajatierra	0,50 »	Jardín de Acracia, Solano	3,00 »
Ganarás el pan	2,00 »	Jesucristo nunca ha existido	5,00 »
Gil Blas	5,00 »	Johas el errante	0,50 »
Genio del Cristianismo	5,00 »	Juan Azul	4,50 »
Grecia libertaria	1,20 »	Judíos sin dinero	5,00 »
Gramática Castellana, Zúñiga	5,00 »	Juicio contra Franco	1,00 »
Guatemala	5,00 »	Kira Kiralina, Istrati	2,00 »
Guía de la archivera, Brauman	6,00 »	Laberinto español, Brenan	24,00 »
Guerra de España (la), Brué y Tamine	15,00 »	Lámpara que no ardió	4,00 »
Guzmán de Alfarache, Alemán	4,00 »	Lazarillo de Tormes	3,00 »
Guerra de Yugurta, Gayo	4,00 »	La Fontaine, Taine	6,00 »
Guerra civil, Pradas	2,50 »	Lenguateres	1,50 »
Hacia el Norte	5,00 »	Ley del número, Mella	0,50 »
Hermanos Karamazof	5,00 »	León Trostky	3,00 »
Herencia de la sangre, Ala	2,00 »	Libro de Oro de la Revolución española	2,00 »
Héroe y el discreto, Gracián	2,00 »	Libro de tierras vírgenes Kipling	3,00 »
Heroínas, Montseny	1,50 »	Lozana andaluza	6,00 »
Herejías, J. Prat	0,50 »	Lógica, S. Mill	6,00 »
Hellen Key o la libertad de amar	1,20 »	Lucha por el pan	1,00 »
Historia de la civilización	5,00 »	Lluvia de primavera, Turgueniev	4,50 »
Historia de San Michele	7,00 »	Los que tuvieron 20 años	6,00 »
Hija de nieves	6,00 »	Napoleón y las mujeres	2,00 »
Historia de un crimen	0,50 »	Náufragos, A. del Valle	2,00 »
Historia del anarquismo	2,00 »	Niki	6,00 »
Hijo de nadie, Urales	0,50 »	Niño de la bola, Alarcón	2,00 »
Historia de los tiempos venideros	2,50 »	Norteamericanos en su salsa, Mikes	3,00 »
Historia de un perro	6,00 »	Nociones de historia natural	0,60 »
Higiene, salud y microbios	1,00 »	Novísimo diccionario escolar	3,00 »
Hombre que hace fortuna, Rondes	4,00 »	Nubes de estío	3,00 »
Hora del juicio final, C. Martínez	6,00 »	Nuestros primeros veinte años, Ramirez	16,50 »
Humanitarismo y terror	7,00 »	Nuevo Israel, Souchy	5,00 »
Humo, Turgueniev	4,00 »	Obras de Gabriel y Galán	4,00 »
Humanitarismo y eugenesia	0,60 »	Omnibus perdido, Steinbeck	6,00 »
		Objetivos, obstáculos y medios, Subirats	6,00 »
		Olivario, Dickens	7,00 »
		Olmo del paseo	2,00 »

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)